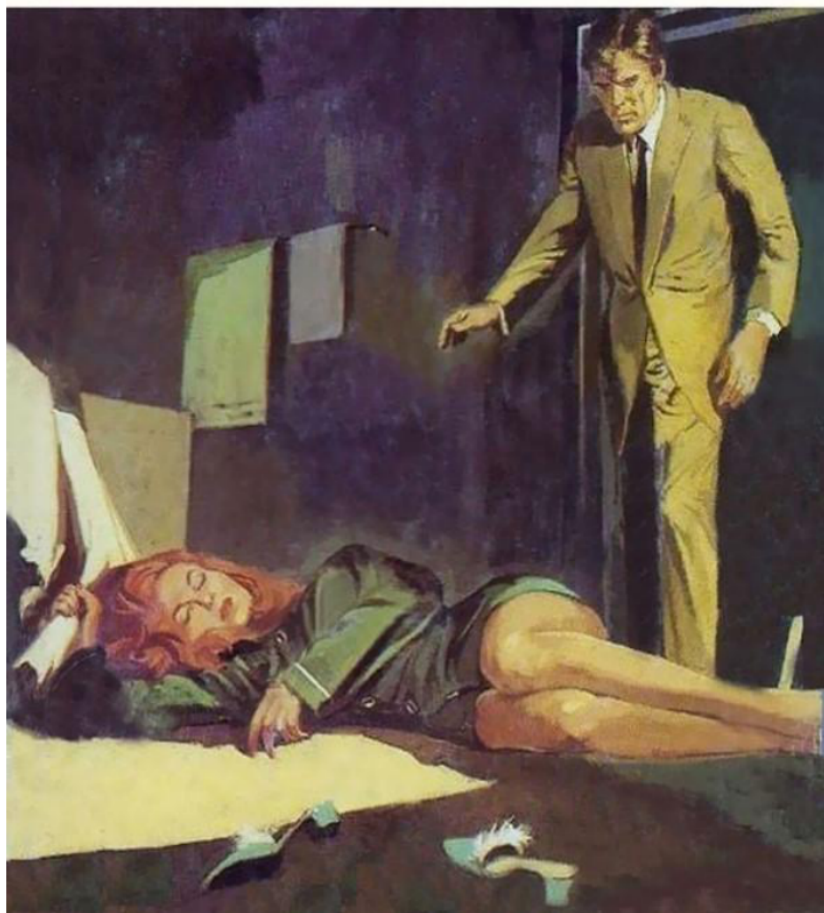


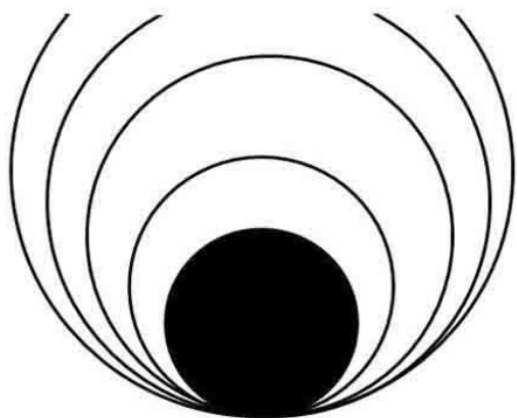
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL CRIMEN QUE NO SE COMETIO

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL CRIMEN QUE NO SE COMETIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.081
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.252 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en América: julio, 1983

© Clark Carrados - 1983

texto

© Martín - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1983

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.829 — El camino de la ira.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.691 — Sally Shad, asesina.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.073 — Traficante de vidas.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

De pronto, en el silencio de la noche, se oyeron unos gritos horribles en el interior de la casa.

Las luces, apagadas por la hora, se encendieron en la planta baja. Un par de cristales se rompieron estrepitosamente.

Se oyó ruido de muebles que crujían y se rompían con enormes chasquidos de maderas rotas. Un par de lámparas se apagaron violentamente.

Los gritos se mezclaban con las imprecaciones de furor. Saltaron más vidrios por los aires.

Los vecinos, alarmados, se asomaron a las ventanas de las casas. El lugar donde se producía aquella tragedia estaba a más de cien metros de la casa más cercana, pero, aun así, el fragor de la pelea se percibía sin ninguna dificultad.

Luego, de pronto, se oyó un alarido más estridente que ninguno y volvió el silencio.

Las luces se extinguieron nuevamente. Los vecinos, profundamente intrigados, se preguntaron qué había podido suceder en la mansión del opulento Hoyt L. Fitterman.

La policía recibió el aviso y despachó hacia aquel lugar a un par de patrullas. Fitterman era hombre acaudalado y muy influyente.

Apenas había cesado el estruendo de la lucha, una de las vecinas que vivía en las inmediaciones, vio a un hombre corpulento, que arrastraba el cuerpo de otro, agarrándolo por los sobacos.

La señora Spiver no pudo distinguir las facciones del sujeto. En cambio, creyó reconocer al hombre que era arrastrado a través del jardín.

Fitterman era un individuo de baja estatura, delgado y de complexión más bien enclenque, aunque tenía una salud de hierro. Y también poseía una inteligencia excepcional y, como decían tanto sus amigos como sus enemigos, un genio de todos los diablos.

Para la señora Spiver, el hombre que estaba siendo arrastrado, no cabía duda, era Fitterman.

Pero no pudo contemplar el espectáculo durante mucho tiempo. Temblando de miedo, se agazapó entre los arbustos y dejó que el hombre corpulento se llevase el cuerpo de su víctima.

Instantes después, Fitterman era cargado en el maletero de un coche, que desapareció de allí a toda velocidad, justo cuando ya se escuchaban las sirenas de los coches de patrulla.

Los policías entraron en la casa y se tropezaron con un espectáculo indescriptible.

El crimen, no cabía duda, se había cometido en el gabinete particular del dueño de la mansión. Había ventanas rotas, cortinas rasgadas, papeles por todas partes y muebles destrozados, de tal forma, que algunos sólo servían ya para encender el fuego en la chimenea que había en la estancia.

Algunos de los papeles estaban manchados de sangre. También había manchas de sangre en el suelo y en otras partes.

El atizador de la chimenea yacía en el suelo. Uno de los policías hizo un somero examen y encontró sangre y pelos adheridos al hierro.

Ya no había la menor duda: Fitterman había sido asesinado y su matador se había llevado el cuerpo para hacerlo desaparecer en alguna parte.

Estaba revisando unos documentos, cuando, de pronto, llamaron a la puerta. Rezongando entre dientes, Jess Myrrell se levantó a abrir, mientras, mentalmente, echaba pestes del importuno que venía a interrumpirle su tarea.

—Para una vez que me dan un caso, que puede proporcionarme algo de fama y dinero... —masculló.

Dejó el despacho y cruzó la sala. Al abrir la puerta, vio a una encantadora joven parada ante el umbral.

El rostro le pareció conocido. Ella tenía un cabello rubio precioso y una silueta excepcional. Vestía un traje azul, cerrado de cuello y mangas, con vivos blancos, y se tocaba con un sombrero también blanco, en forma de casquete, lo cual aumentaba enormemente su ya natural atractivo.

—¿Puedo pasar, Stumpy? —preguntó ella—. Oh, perdona, no me acordaba de que no te gusta que te llamen así... Tu nombre

auténtico es Jess, si mal no recuerdo.

—Sí, soy Jess, pero a ti no te recuerdo... aunque me pareces conocida...

—Soy *Light* Lamb, Jess.

Myrrell abrió la boca.

—¡*Light* Lamb! —exclamó atónito—. Pero ¿quién iba a decirlo...? Perdona, me siento completamente aturdido... Pasa, te lo ruego.

Light entró y contempló la modesta decoración de la sala. Todo se veía limpio y aseado, pero saltaba a la vista que la economía del dueño de la casa no era precisamente muy boyante.

Myrrell se acercó a una consola. *Light* observó, apenada, el defecto de su pierna izquierda. Cojeaba muy poco, pero era imposible no advertirlo.

—No te has curado —dijo.

—No —contestó él—. El daño no tiene cura. ¿Te sirvo algo de beber?

—Gracias, no tengo ganas. Pero bebe tú, si te apetece, Stu...

—Puedes llamarme Stumpy, no me afecta en absoluto. En realidad, me lo dice casi todo el mundo. Siéntate, te lo ruego.

Myrrell puso dos dedos de licor en un vaso y se volvió hacia su visitante.

—Estás guapísima —dijo—. Mucho más que cuando asistías a la Universidad.

—Han pasado ya unos cuantos años, Stumpy —respondió la muchacha.

—Sí, es cierto. ¿Qué ha sido de tu vida desde entonces, *Light*?

—No terminé la carrera. Aquello fue... mi perdición.

—Tú no tenías por qué haber abandonado la Universidad. Eras inocente —dijo Myrrell.

Sobrevino un momento de silencio. Ambos recordaban al estudiante aplicado, pero tímido; trabajador, tenaz y ansioso de crearse un porvenir. Myrrell procedía de una familia modesta y tenía que trabajar para costearse sus estudios.

Muchos de sus colegas se burlaban de él, debido a su timidez, sobre todo, con las chicas. Bastaba que una muchacha le dirigiera la palabra, para que Myrrell se pusiera colorado hasta las orejas. Y entonces, fue cuando recibió la invitación de la beldad del

«campus» para cenar en su apartamento.

Myrrell picó ingenuamente. Como *Light* se alojaba en el bloque destinado a las chicas, tuvo que trepar por el emparrado del muro hasta la ventana de su habitación. La altura no era excesiva, sólo un primer piso, pero cuando ya llegaba arriba, la ventana se abrió bruscamente y aparecieron un grupo de estudiantes, riéndose y burlándose de su incauto colega.

Myrrell, sobresaltado, se soltó del asidero y cayó. Fue una caída con mala fortuna; el tobillo se le rompió por varios sitios. Ya no pudo volver a caminar normalmente.

Ella tenía los ojos bajos.

—No fui inocente. Me presté a la broma. Yo también quería divertirme un poco a tu costa. Aunque disfracé un poco la letra, aquella notita que recibiste era mía.

—¿Y por eso dejaste los estudios?

—En gran parte, sí. Me sentí muy afectada cuando supe lo que te había sucedido. Dije a mis padres que no quería seguir estudiando y ellos no me contrariaban jamás, por lo que aceptaron mi decisión.

—A los otros les obligaron a marcharse, aunque sin recomendaciones desfavorables. Yo perdí un curso entero. —Myrrell sacudió la cabeza—. Pero todo aquello ya pasó, *Light*. No vale la pena recordar algo que ya no tiene remedio.

—Mientras viva, siempre recordaré que te llaman Stumpy por mi culpa —dijo ella con vehemencia—. No me lo perdonaré jamás...

—Los estudiantes hispanos tradujeron el apodo y me llamaban también «Cojo» o «Rengo» —sonrió el joven—. Repito, eso ya no tiene importancia. Y ahora que recuerdo, también traducían tu nombre y la traducción me gustaba casi más que el original anglo. «Luz» en lugar de *Light*. ¿Recuerdas?

—Sí, había algunos verdaderamente simpáticos. Pedro de Blancas... Ahora tiene un excelente bufete...

Myrrell fijó la vista en su hermosa visitante. Era la última persona a la cual habría esperado ver en aquellos momentos.

—*Light*, tú no has venido aquí solo para pedirme perdón —dijo, tras una leve pausa—. A ti te ocurre algo. Si puedo ayudarte, lo haré con mucho gusto, pero... —Myrrell soltó una risita nerviosa—. Ya ves que no he prosperado demasiado. Apenas si consigo lo justo para vivir y pagar el alquiler del apartamento, aunque ahora tengo

un caso entre manos que puede proporcionarme ciertos beneficios. Pero, de todos modos, dime, ¿qué te sucede?

—El caso Fitterman —respondió la muchacha—. ¿Has oído hablar de ello?

Las cejas del joven se levantaron en el acto.

—El asesinato del todopoderoso hombre de negocios, cuyo cadáver fue llevado lejos de su mansión y que no ha aparecido hasta ahora —exclamó.

—Sí, exactamente eso es lo que sucede. Y yo necesito que me ayudes, porque el hijo de Fitterman lo necesita también.

—No comprendo, *Light*. Si quisieras explicarte...

La muchacha emitió un hondo suspiro.

—Stumpy, licor no, pero... ¿un poco de café, por favor?

—Lo haré inmediatamente —accedió el joven.

Y, cojeando, se alejó en dirección a la cocina.

Light sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Aquel muchacho había quedado con un defecto que le acompañaría hasta la tumba, por su culpa. Precisamente su misma timidez la hacía más encantador, porque lo cierto era que Jess Myrrell había sido un chico muy guapo.

Y quizá, se dijo, también en aquella broma había tenido que ver bastante con el orgullo y el amor propio, heridos al ver que uno de los estudiantes más atractivos del «campus» no se atrevía a acercarse a ella, la más hermosa de las chicas...

Pero los años, se dijo melancólicamente, no pasaban en balde, aunque no hacía tantos de aquel desgraciado suceso.

Ahora ella pensaba de muy distinta manera y se había visto obligada a recurrir al hombre de cuyo infortunio era culpable.

Haría todos los posibles para reparar el daño causado, se propuso.

Myrrell volvió a los pocos con una bandeja en las manos. Después de servir el café, dijo:

—Habla. Estoy dispuesto, *Light*.

—Gracias. Para empezar, Stumpy, ¿te gustan los niños?

—¡Oh, sí! —contestó él instantáneamente—. Son deliciosos... bien asaditos, doraditos, con una manzana en la boca...

CAPÍTULO II

La respuesta del joven arrancó una espontánea carcajada a *Light*. La tensión empezó a relajarse en el acto.

—Tienes un humor excelente —dijo—. Pero yo hablaba en serio.

—Mencionaste al hijo de Fitterman. No conozco muchos detalles de ese individuo.

—El hijo de Fitterman es hijo de mi prima Mildred, difunta desde hace un par de años. Mildred no tenía otra familia que nosotros. Fitterman, naturalmente, lo sabía y, aunque quería ocuparse de la educación del niño, no siempre tenía el tiempo necesario. En ocasiones, el chico pasaba largas temporadas con nosotros. A mí me quiere tanto como si fuese su madre. Te digo esto para ponerte en antecedentes de lo que ocurre.

—Entiendo. Continúa, por favor.

—Dos días antes de su muerte, Fitterman nos llamó y dijo que si podíamos tener al niño una temporada en casa. Él tenía que salir de viaje de negocios y no podía anticipar la fecha de su regreso. Cuando se iba por unos pocos días, dejaba al chiquillo al cuidado de la servidumbre, pero ahora, como iba a permanecer al menos seis meses fuera, iba a despedirlos y cerrar la casa. Entonces, al día siguiente fui yo y permanecí otro día en la residencia de Fitterman. Los criados se marcharon también el mismo día, antes del atardecer, al mismo tiempo que nos íbamos el chico y yo. Fitterman se quedó solo... y ya sabes lo que sucedió después.

—*Light*, creo que la policía se está ocupando del caso —dijo Myrrell.

—Desde luego, pero, Stumpy, yo no te pido que descubras al asesino. Lo que quiero es que demuestres el parentesco del chico con Fitterman. No hay testamento y el niño podría tener problemas para entrar en posesión de los bienes de su padre.

—¿Cómo puede ser eso posible?—se sorprendió el joven—.

Todo el mundo tiene que saber que el niño es hijo de... Perdón, *Light*, ¿cuántos años tiene?

—Siete. Eddie, de Edgar, es un chico muy avisado, muy inteligente para su edad. Sí, todo el mundo sabe que es hijo de Fitterman y de mi prima Mildred, pero...

La muchacha se mordió los labios, irresoluta. Al cabo de unos segundos añadió:

—No estamos seguros de que Mildred fuese la esposa legal de Fitterman.

—Eso podría complicar el caso, desde luego —convino él.

—Y lo peor de todo son los parientes del difunto, unos verdaderos buitres, que no vieron nunca al niño con buenos ojos. En resumen, no hay documentos, al menos que se sepa dónde están, y si esos documentos no aparecen, Eddie podría tener las cosas muy difíciles. Desde luego, su educación no nos preocupa, porque nosotros correríamos con todos los gastos. Pero no es el dinero en sí, sino el hecho de que Eddie pueda recibir lo que le corresponde con todo derecho.

—Sería preciso un tutor, hasta su mayoría de edad —apuntó Myrrell—. Aunque no lo conseguiríamos, hasta probar concluyentemente que es el hijo de Fitterman. Entonces, un juez podría nombrar a ese tutor, que sería, además, el administrador de los bienes del chico.

—Eso es lo que yo quiero que consigas, Stumpy —dijo *Light*.

—¿Y por qué yo precisamente? ¿No hay en la ciudad abogados de renombre infinitamente superior al mío?

Light vaciló un instante.

—Comprendo —dijo él con amargura—. Quieres encargarme del caso, como una especie de compensación por... por lo que ocurrió hace años.

—¡No, no es eso! —protestó la muchacha vivamente. De pronto, bajó la cabeza—. Bueno, algo de verdad hay en ello, pero también sé que eras uno de los estudiantes que más prometías en ciertos aspectos del código civil.

—Oh, sí, desde luego, pero la práctica suele echar por tierra muchas de las teorías que aprendes. Como ves —añadió Myrrell con un amplio ademán—, la decoración no se corresponde con la categoría que me atribuyes.

—Stumpy, ¿cuántos años llevas ejerciendo la abogacía? —preguntó *Light*.

—Algo más de dos, no llegan a tres, en todo caso.

—Y has empezado sin ayudas, independiente, abriéndote paso por ti mismo, ¿verdad?

—Es cierto.

—Algunos dicen que la timidez se debe a un orgullo mal entendido —declaró la joven—. Ese orgullo, que tú confundes con timidez, te ha impedido llamar a alguna puerta importante, para pedir ayuda. Puede que no la hubieras obtenido, pero ¿cómo saberlo, si no llamaste? Y, además, estás empezando. ¿Ya vas a desanimarte porque en menos de tres años apenas hayas conseguido más que sobrevivir?

—Bueno, mujer, no te pongas así. Yo sólo quería decirte que...

—Lo sé de sobra, Stumpy —le interrumpió ella—. Bien, ¿te encargas del caso o no?

—¡Por supuesto que sí! —contestó Myrrell con gran vehemencia—. Pero ahora, precisamente, tengo uno de cierta importancia entre manos y no podré considerarlo despachado hasta dentro de un par de días. Hice un trato con el cliente y no me gustaría romperlo.

—No es necesario que lo hagas. Mira, a fin de facilitarte la tarea, te he traído algunos documentos, con datos, que pueden serte de utilidad. Eso quizá te ahorre muchas preguntas y te indique el camino para formular otras que estimes pertinentes.

Light abrió el bolso y extrajo un sobre que puso en manos del joven. Luego le entregó otro papel.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Un anticipo para gastos. Cuando hayas terminado, me pasarás la minuta de honorarios y ya deduciremos lo adelantado.

Myrrell leyó la cifra escrita en el cheque y protestó vivamente.

—¡No, no puedo admitirlo! ¡Diez mil dólares es demasiado...!

—Para la fortuna de Eddie, una minucia —alegó ella, sonriendo.

—Pero está firmado por ti.

—Yo le pasaré la factura al tutor de Eddie, no te preocupes.

Myrrell suspiró.

—Está bien, te extenderé un recibo.

—No es necesario, Stumpy. Confío en tu palabra.

Light se puso en pie.

—En el sobre está mi dirección y mi número de teléfono. Llámame cuando lo estimes oportuno o ven a verme, si lo consideras más apropiado.

—De acuerdo.

La muchacha se encaminó hacia la puerta. De pronto, vio algo junto a la entrada que llamó su atención inmediatamente.

—¿Necesitas usarlo, Stumpy? —preguntó, señalando el bastón apoyado en la pared.

—No siempre, aunque suelo llevarlo en el coche. A veces, tengo que permanecer largo rato en pie o caminar más de lo imaginado, y el tobillo se me resiente un poco —explicó Myrrell.

Light hizo un gesto de pesar.

—Cómo me gustaría dar marcha atrás al tiempo... ¿No se te ha ocurrido ver si tu defecto tenía solución? Hay buenos traumatólogos...

—Me aterra el quirófano y, por otra parte, he hablado con un par de médicos y ambos coinciden en el diagnóstico: no tiene solución.

—Lo siento, lo siento terriblemente —se despidió *Light*.

Myrrell se quedó solo. Contempló el bastón tristemente. Las cicatrices de la herida no estaban a la vista, pero aquel trozo de madera era un perenne recuerdo del defecto físico que le acompañaría hasta la tumba.

Prácticamente había olvidado el origen de su cojera y la imprevista visita de *Light* Lamb había venido a recordárselo, de forma casi sangrienta. Por un momento, se sintió tentado de correr tras ella y tirarle el cheque a la cara, maldiciendo su dinero, su posición social y la belleza que la habían llevado a convertirse en cómplice de una broma pesada, de trágico final.

Pero no podía vivir eternamente en la amargura. Aún le faltaban un par de años para cumplir los treinta. Y, qué diablos, como había dicho *Light*, apenas si estaba en los inicios de su carrera.

Contempló el sobre con los documentos y se preguntó por dónde empezar el caso.

—Empezaré... terminando el que tengo entre manos —decidió finalmente.

Se apeó del coche, cruzó la acera, apoyándose en el bastón, y

entró en el edificio, cuyo rótulo, situado sobre el umbral, indicaba bien a las claras el objeto de las instalaciones y el trabajo de los empleados del interior. Un cuarto de hora más tarde estaba en manos de un competente masajista, al que acudía una vez por semana, a fin de mejorar la elasticidad de los músculos de la pierna defectuosa.

Los médicos le habían aconsejado un tratamiento semejante y la verdad era que, desde que lo empezó, había notado una gran mejoría, aunque su pierna no podía moverse con la facilidad de antaño. El masajista, Chuck Devon, era un tipo amable y un tanto parlanchín, y Myrrell pasaba un rato agradable con él, escuchando sus chistes y ocurrencias, algunas de ellas subidas de color.

De pronto, Devon exclamó:

—El bastón le ayuda, señor Myrrell, pero no lo suficiente.

—¿Cómo dice, Chuck? A veces, ni lo necesito.

—Pero podía necesitarlo para algo más que apoyarse en él cuando camina. Este mundo de hoy día está podrido; uno no puede ir por la calle, sin saber si no le van a atracar al doblar la primera esquina, y dejarle los bolsillos vacíos, y en la siguiente volverán a atracarle y le dejarán en cueros vivos... Un bastón, bien usado, puede ser un arma ofensiva y defensiva formidable, abogado.

—Contra un revólver no serviría de nada, Chuck.

—O sí, según el que tiene el bastón en la mano.

—De todas formas, eso es algo parecido a la esgrima y yo no tengo la menor idea...

—Aguarde un momento —pidió Devon—. ¡Eh, Marty! —llamó a un empleado que pasaba en aquel instante—. ¿Puedes concedernos un minuto, por favor?

El hombre se acercó. Devon hizo las presentaciones y añadió:

—Marty, tú eres experto. ¿Por qué no le enseñas al señor Myrrell un poco de esgrima de bastón?

—Será un placer —contestó el hombre—. Siempre que él quiera, naturalmente.

—Bueno —accedió Myrrell—, tomar unas cuantas lecciones no me vendrá mal...

Marty Heckett tomó el bastón del joven y lo examinó atentamente.

—Permítame un momento, abogado —solicitó.

Al cabo de unos segundos, levantó la rodilla y partió el bastón en dos mitades. Myrrell, sentado en la mesa de masaje, se sobresaltó al oír el chasquido.

—¡Señor Heckett! —protestó.

—Disculpe, señor, pero ese bastón habría resultado un estorbo más que un medio de defensa. Yo tengo algo mucho mejor y sólo lo ofrezco a los buenos clientes... a quienes de verdad lo necesitan.

Myrrell volvió la vista hacia el otro. Devon asintió.

—Marty es de toda confianza —dijo—. Ahora, cuando le haya puesto el calcetín y el zapato, sígale y atienda sus instrucciones. Y acepte el bastón que le entregará.

—Previo pago de su importe, supongo —sonrió el joven.

—Oh, ése es un aspecto que no debe preocuparle —contestó Heckett—. ¿Has terminado ya con él, Chuck?

Devon enjugó el pie de Myrrell con una toalla y se dispuso a calzarle.

—Será todo tuyo antes de un minuto —aseguró.

Myrrell enseñó la fotografía a la mujer que había salido a recibirle a la puerta de la casa.

—Perdón, señora —dijo cortésmente—. ¿Puede decirme si reconoce a esta mujer?

Abbie Madigan sacó unos lentes del bolsillo de su delantal, se los puso y contempló el retrato durante unos segundos.

—La cara me suena, en efecto —contestó al cabo—. ¿Por qué le interesa a usted esa joven?

—Permítame que me presente, señora. Soy Jess Myrrell, abogado, y estoy buscando el certificado de matrimonio de Mildred Brookson, con Hoyt L. Fitterman. El matrimonio se celebró hace cinco años, precisamente en esta parroquia, según mis informes.

—La cara me suena, en efecto, pero tendría que consultar los registros, aunque, supongo, será mejor que hable con el pastor, el reverendo Sweddin. Yo sólo soy el ama de llaves y asistenta.

—Si no tiene inconveniente en avisarle...

—Veré a ver si puede recibirle, abogado. Siéntese, por favor.

La señora Madigan se marchó. Myrrell se sentó en una silla del modesto recibidor de la vicaría de aquella pequeña iglesia de barrio. El lugar apropiado para una boda que se quería sin ruido... y dos años después del nacimiento de Eddie.

Transcurrieron algunos minutos. Un hombre de pelo blanco y algo ventrudo, en mangas de chaleco, pero con alzacuello, entró en la estancia y le tendió la mano.

—Soy el reverendo Sweddin —se presentó—. Mi ama de llaves me dice que está buscando datos sobre una boda que celebré hará unos cinco años.

—En efecto —contestó el joven, a la vez que le enseñaba la fotografía—. Ésta era la novia, reverendo.

El clérigo se puso los lentes para ver mejor. Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza.

—La recuerdo perfectamente —dijo—. ¿Cómo se llamaba, señor Myrrell?

—Mildred Brookson. El novio era Hoyt L. Fitterman. Pero de éste no tengo ninguna fotografía, aunque los periódicos han publicado bastantes los últimos días.

—Sí, conozco el caso. Sin embargo, los nombres no me suenan en absoluto, sobre todo, el de la novia.

—¿Cómo? —respingó Myrrell.

—Hace pocos días, precisamente, estuve revisando el registro de matrimonios y estoy en condiciones de asegurar que esos nombres no figuran en mi libro. Pero, de todas formas, si no le importa, podríamos comprobarlo.

—Se lo agradecería infinito, reverendo.

—Bien, en tal caso, venga a mi despacho, se lo ruego.

Apoyado en su bastón, Myrrell pasó al lugar indicado. Sweddin fue a un viejo armario, de madera oscura, lo abrió, examinó su interior brevemente y, al cabo de unos momentos, sacó un grueso libro que puso sobre la mesa.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Sweddin exclamó:

—¡Ah, aquí está! Matrimonio de Jennifer Jones con James Johnson, celebrado el cinco de junio de mil novecientos setenta y siete. Sí, ellos son; ahora ya no me cabe la menor duda. Dieron otros nombres, pero los recuerdo perfectamente. —El pastor miró a Myrrell por encima de sus lentes y sonrió—. No es muy corriente ver casarse a una muchacha de poco más de veinte años con un hombre que le pasa el doble de la edad. Además, el novio tenía un aspecto físico inconfundible; ella era muy guapa, arrogante, una verdadera belleza.

Myrrell se sentía estupefacto.

—Pero ¿cómo es posible que se casaran con otros nombres? —preguntó.

Sweddin hizo un encogimiento de hombros.

—No se me ocurrió preguntárselo, ésta es la verdad. Además, los testigos no les contradijeron.

—Ah, hubo testigos... ¿Figuran los nombres en el registro?

—Por supuesto. ¿Quiere anotarlos?

—Se lo agradeceré... —dijo el joven, a la vez que sacaba una agenda de notas.

—Bien, escriba, por favor. Los nombres de los testigos son Shelby Hyams y Rose Lou Kippelt.

Myrrell guardó la agenda y sonrió.

—Le quedo muy agradecido, reverendo —manifestó, a la vez que ponía sobre la mesa un billete de cincuenta dólares—. Para sus obras de caridad —añadió.

—Dios le bendiga, muchacho —dijo el pastor.

CAPÍTULO III

Varios días de tenaces y pacientes pesquisas, en las que colaboró un detective privado, le llevaron al fin a averiguar los domicilios de las dos personas que habían servido como testigos en la boda de Mildred y Fitterman. Cuando, al fin lo consiguió, se notó un tanto fatigado y decidió ir a que le dieran unos masajes en el tobillo.

Primero, sin embargo, hizo una sesión de entrenamiento con Heckett. Luego se puso en manos de Devon quien, como de costumbre, le contó el último chiste. Al finalizar, se sentía muy mejorado.

Luego se encaminó a la casa donde vivía Hyams. Al llegar al punto de destino, vio que se trataba de un edificio de pocas pretensiones, con escalera de incendios en el exterior. Hyams residía en el tercer piso y no había ascensor.

Suspiró, mientras subía sin prisas la escalera más bien lóbrega. Para ser el testigo de la boda de un nombre importante, pensó, no se podía decir que Hyams igualase en categoría a Fitterman. En aquel asunto había muchos puntos oscuros, se dijo. «Y, probablemente, poco limpios», agregó mentalmente.

Momentos después, llegaba a la puerta del apartamento que ocupaba Hyams. Llamó con los nudillos, pero no le contestó nadie.

Insistió y entonces la puerta se entreabrió un poco. Myrrell se dio cuenta de que no había estado cerrada.

Empujó un poco más. Súbitamente, creyó que se le paraba el corazón.

Frente a la entrada a unos cinco o seis pasos de distancia, yacía un hombre en el suelo, boca arriba, con los brazos extendidos y una pierna doblada bajo el cuerpo. Estaba en mangas de camisa y en el centro de la pechera se divisaba una mancha roja, que se extendía lentamente.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Aunque no lo

había visto jamás, presintió que el muerto era Hyams. De pronto, pensó que podía echar un vistazo al apartamento, antes de avisar a la policía.

Cruzó el umbral. Un segundo después, oyó un terrible estruendo.

«El techo se ha derrumbado», pensó, antes de darse cuenta de que alguien le había golpeado en el cráneo.

Pero casi en el acto, perdió el sentido.

Algo punzante penetró a través de sus fosas nasales y le hizo estremecerse violentamente. Myrrell sintió que volvía a la vida.

En torno a él, percibió voces. Un hombre dijo:

—Sólo ha sido un fuerte porrazo, sargento. Se recuperará pronto, aunque le convendrían veinticuatro horas de cama. No le atosigue demasiado.

—Está bien, doctor —contestó otro hombre—. De modo que la causa de la muerte ha sido...

—Una puñalada, certera, en el corazón. Mañana le enviaré el informe de la autopsia.

Alguien ayudó al joven a sentarse en un sillón. Otro hombre trajo un vaso con agua. Myrrell bebió un par de sorbos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó un individuo.

Myrrell hizo un esfuerzo por recobrar el foco correcto de visión.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Si se refiere a Shelby Hyams, sí. Le clavaron un cuchillo en el corazón. Disculpe, soy el sargento Vreckle, de Homicidios. Hemos visto su documentación y sé que es usted abogado, señor Myrrell.

—Debidamente registrado, sargento.

—No lo dudo, señor. ¿Le importaría decirme a qué vino a esta casa? Deme una respuesta breve, mínima, pero sustanciosa, para tener una idea de lo que ha pasado aquí, y mañana, cuando se encuentre mejor, hablaremos más extensamente.

—No, ya me encuentro bastante bien... Oiga, sargento, ¿no podía pedir a uno de sus hombres que me trajese un trapo mojado para poder aplicármelo en la nuca? Le aseguro que me sentiría mucho mejor.

—Oh, sí, claro...

Momentos después, llegó un policía con una toalla empapada en agua. Myrrell sintió inmediatamente un gran alivio.

Dos sanitarios se llevaron el cadáver. Los especialistas del

Departamento de Homicidios buscaban huellas por todas partes.

—Está bien, sargento —dijo Myrrell por fin—. Vine a ver a Hyams porque fue testigo de una boda y quería que me lo confirmase.

Vreckle alzó las cejas.

—¿No hay un libro de registro que pueda certificar ese matrimonio?

—Sí, pero los novios se casaron con nombres supuestos.

—¿Quiénes eran?

Myrrell tuvo la respuesta en la punta de la lengua, pero logró contenerse.

—Perdone, pero esto entra ya dentro del secreto profesional —dijo.

Vreckle soltó un bufido.

—Sí eso es cierto, debo suponer que mataron a Hyams para que no divulgara los verdaderos nombres de esa pareja —manifestó.

—Posiblemente, aunque no me atrevería a afirmarlo de una forma rotunda. ¿A qué se dedicaba Hyams, sargento?

—¡Hum! —gruñó Vreckle—. No era un santo, precisamente, aunque debo decir, en su honor, que nunca tuvimos ocasión de ponerle la mano encima, al menos con pruebas suficientes para encerrarlo una buena temporada. Resumiendo, la frontera mexicana está a menos de cincuenta kilómetros. Sospechamos que Hyams pasaba piedras preciosas de contrabando. Pero nunca, insisto, pudimos probárselo.

—Tenía que ser muy listo, en tal caso —sonrió Myrrell.

—Demasiado. La verdad es que nunca pudimos averiguar el procedimiento que empleaba.

—Sargento, para ser un hombre que se dedicaba a una profesión que debía dejar, supongo, grandes beneficios, el nivel de vida de Hyams era más bien modesto —observó el joven.

—Bien, a esta clase de tipos no les conviene la ostentación. No es como los que tienen un empleo definido, que pueden permitirse ciertos lujos. Hyams vivía solamente de eso y, lógicamente, no le convenía hacerse el millonario. Pero, en alguna parte, estoy seguro, tiene una cuenta corriente bien nutrida.

—Lo cual contradice el viejo aforismo de que «el crimen no paga».

—Ese aforismo sigue en pie, abogado. A Hyams le dieron su último salario con una puñalada.

Un policía se acercó en aquel momento y tocó a Vreckle en el hombro. El sargento se separó unos pasos.

—Señor, hemos hablado con un testigo que vio salir al posible asesino de Hyams —informó el agente—. Por la descripción que ha hecho de él, creemos que se trata de Rol Vargo.

Aunque estaban a cierta distancia, Myrrell tenía un oído muy fino y escuchó perfectamente el diálogo entre los dos hombres.

—¡Vargo el Puñalero! —exclamó Vreckle—. Está bien, pase un mensaje a la central, ordenando que lo busquen por todas partes. Rápido, hombre, no podemos perder un minuto.

—Sí, señor...

El policía se marchó apresuradamente. Vreckle volvió junto al abogado.

—Bien, señor Myrrell, ya puede marcharse. Mejor dicho, haré que lo lleven a su casa; usted no se encuentra en condiciones de manejar su coche.

—Se lo agradeceré infinito, sargento. Me gustaría saber, sin embargo, por qué mataron a Hyams.

—Oh, ahora ya está claro. Lo que se llama un «ajuste de cuentas» —sonrió Vreckle, un hombre de menos de cuarenta años y bien parecido—. Todos estos delincuentes acaban siempre así, de mala manera —añadió.

Myrrell también se preguntó por qué un sujeto como Hyams había servido como testigo en la boda del opulento Fitterman. Pero no se lo podía decir al policía.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Mi bastón —dijo de pronto.

Vreckle se lo entregó.

—Dispense, lo encontramos al llegar y no sabíamos que fuese suyo...

El joven sonrió.

—Tengo lisiado el tobillo izquierdo. Es una lesión permanente, sargento —declaró.

—Discúlpeme, abogado. No lo sabía —se ruborizó Vreckle.

Contempló el bastón, largo, recto, de color oscuro, rematado en una brillante bola de marfil.

—Muy bonito —elogió.

—Gracias, sargento. Ojalá encuentre pronto a ese Vargo.

—¿Cómo sabe usted que...? —se desconcertó el policía.

Myrrell sonrió y se tocó la oreja derecha.

—Tengo oídos de piel roja, pero de los de novela, no de los actuales —contestó.

Vreckle se echó a reír.

—Está bien, pero no lo divulgue, por favor —rogó.

—Descuide.

Un policía condujo el coche de Myrrell hasta su casa. Apenas llegó, Myrrell se metió en la cama. Todavía sentía un difuso dolor en el lugar afectado por el golpe y se dijo que un día de reposo en la cama era lo mejor que podía hacer, para recuperarse definitivamente.

Estaba todavía adormilado, cuando percibió unos pasos en las inmediaciones. Alguien se asomó al dormitorio.

—Vaya —exclamó *Light* Lamb sonriendo—. ¿Te has dedicado a la holganza o es que estás recuperándote de los excesos de una orgía?

Myrrell hizo un esfuerzo para sentarse en la cama y se pasó una mano por el revuelto cabello negro.

—Discúlpame —contestó—. Ayer me sacudieron un buen porrazo en el cráneo y el médico me aconsejó veinticuatro horas de reposo. Pero ya estoy bien y me levantaré enseguida...

Light puso cara de asombro.

—¿Te pegaron? ¿Quién? —exclamó.

—Es un poco largo de contar... Oye, si me dispensas unos minutos, iré al baño y luego pondré la cafetera al fuego. Estoy desde ayer al mediodía sin probar bocado y creo que me caeré redondo si no lleno el estómago muy pronto.

—Bien, no te preocupes; yo me ocuparé de alimentarte —sonrió la muchacha—. Anda, trata de deshabilitarte y deja el resto en mis manos.

Myrrell se levantó y, pese a todo, notando que se encontraba mucho mejor. Una ducha fría primero y luego un sustancioso almuerzo, terminaron su breve convalecencia.

Cuando acabó el último sorbo de café, *Light* le pasó un cigarrillo

encendido. Myrrell aspiró un par de bocanadas y luego dijo:

—*Light*, en primer lugar, ¿por qué se casaron dos años después de haber nacido Eddie?

—Oh, supongo que para regularizar su situación —contestó la joven.

—Tu familia lo sabía, ¿verdad?

—Sí, y la presionaron para que se casara... Mi padre, incluso, visitó a Fitterman. No eran lo que se dice muy amigos, pero habían tenido negocios comunes en tiempos. ¿Se casaron por fin, Stumpy?

—Ése es el problema, *Light*. Se casaron, pero con otros nombres.

—¡Dios mío! ¡No puede ser!

—He visto el registro de la parroquia donde sí celebró la boda. Tanto el pastor como su ama de llaves, los recuerdan perfectamente. No hay duda, fueron ellos y... por si te parece poco, ayer asesinaron a uno de los dos testigos, quien si firmó con su auténtico nombre.

Light se sentía estupefacta.

—No acabo de comprenderlo —manifestó—. ¿Por qué tuvieron que casarse con nombres supuestos?

—Fitterman ha muerto y Mildred también. Ya no podemos preguntárselo... a menos que lo sepa el otro testigo sobreviviente.

—¡Lo asesinarán también! —gritó la muchacha.

—No. A Hyams, es decir, al testigo varón, lo mataron en un «ajuste de cuentas». Yo tuve la mala suerte de llegar a su casa, cuando el asesino estaba todavía dentro, y como no lo advertí, me atacó y me dejó sin sentido de un porrazo.

—Pudo haberte matado a ti también —se escalofrió *Light*.

—Oh, no. Yo no tenía nada que ver con sus sucios negocios. Además, por lo que he podido deducir, fue un asesinato de encargo. Esa gente no mata a otras personas, a menos que se vea en un peligro extremo, y no era éste su caso. Salió del paso sin dificultad, golpeándome por detrás, eso es todo.

—De modo que Mildred y Fitterman se casaron con nombres supuestos. ¿Tú lo comprendes, Stumpy?

—No, pero ya lo averiguaremos. Sin embargo, lo que más me preocupa es que Hyams, el testigo varón, fuese un contrabandista de piedras preciosas, al que la policía no había podido echar el guante jamás. ¿Cómo era posible que Fitterman se relacionase con

un sujeto de esa calaña?

—No se me ocurre ninguna respuesta, sinceramente. ¿Qué opinas tú, Stumpy?

—Quizá pueda decirte algo mañana... si hoy consigo encontrar a Rose Lou Kippelt, la mujer que fue también testigo de la boda —respondió Myrrell.

—¿Irás a verla hoy?

—Lo intentaré. Y también, aunque tendré que hacerlo mañana, iré al registro civil. Tuvo que haber también una boda civil...

—Hay decenas de jueces de paz, Stumpy —alegó la muchacha.

—Investigaremos a todos aunque, en realidad, la boda celebrada ante el reverendo Sweddin tendría que ser más que suficiente para probar los derechos de Eddie. Perdona que me exprese así, pero ¿por qué cometieron la idiotez de dar nombres falsos?

Light hizo un gesto de pesar.

—No lo comprendo —respondió—. De todos modos, hablaré con mi padre; quizá él pueda sugerirme algo sobre el asunto.

—Muy bien. Te llamaré en cuanto sepa algo. —Myrrell sonrió—. Gracias por haber hecho de cocinera.

—Ahora tendré que hacer de fregona —dijo ella alegremente.

—Debo comprarme una máquina lavaplatos. *Light*, mis finanzas, tú ya sabes, no me permitían...

Ella se puso en pie con viveza.

—No te avergüences, Jess Myrrell —dijo muy seria—. Estoy segura de que las cosas cambiarán a partir de ahora.

—Yo también lo espero —suspiró él.

CAPÍTULO IV

Light se había marchado hacía unos minutos y Myrrell había terminado de cambiarse de ropa, para salir a la calle. Cuando se disponía a coger el bastón sonó el timbre de la puerta.

Abrió. Un hombre de unos cuarenta años, alto, de aspecto distinguido y oliendo fuertemente a loción para después del afeitado, apareció ante sus ojos.

—¿Abogado Myrrell?

—Sí, yo mismo.

—Me llamo Hancock, Miltford Hancock. ¿Puedo pasar un momento?

—Por supuesto, aunque le advierto que tengo el tiempo justo. Precisamente, me disponía a salir para un asunto urgente.

—Está bien.

Hancock entró y contempló la decoración de la sala con aire entre burlón y desdeñoso. Myrrell soportó el escrutinio en silencio, conteniendo las ganas que sentía de arrear al sujeto un buen bastonazo.

—Hable, le espero —pidió, impaciente.

—Señor Myrrell, represento a una persona, cuyo nombre, por el momento no deseo divulgar, quien se encuentra en unas difíciles circunstancias, debido a un caso de divorcio que no se le presenta tan favorablemente como desearía. ¿Querría usted encargarse del asunto?

—¿Un caso de divorcio? —se sorprendió el joven—. Permítame, pero en esta ciudad hay decenas de abogados mejores que yo...

—Aunque con ello se sienta ofendido, debo decirle que mi representado prefiere por ahora encargar su defensa a un abogado sin... Bueno, que no tenga un nombre demasiado notorio... El escándalo, ya sabe...

Myrrell se puso rígido.

—No quiere un abogado famoso, vamos.

—Sí, eso es. Tratamos de llevar el asunto con la máxima discreción posible, como puede imaginarse. Mi representado está en relaciones con una dama muy distinguida y teme que las relaciones se rompan si el asunto toma una publicidad excesiva. Creemos que usted podría conseguirlo y, por supuesto, mi representado estaba dispuesto a abonar una buena minuta de honorarios.

—Perdone, pero creo que en estos momentos, yo no...

Sin pestañear, Hancock sacó su billetera y extrajo un cheque.

—Tengo veinticinco mil dólares, como anticipo a cuenta —dijo—. Sólo tiene que viajar a Chicago, entrevistarse con la esposa de mi cliente y conseguir que acceda discretamente al divorcio, mediante una compensación de cuatrocientos mil dólares, que le serían pagados en el momento de la cancelación legal del matrimonio. Entonces usted recibirá otros veinticinco mil dólares y abonaremos también, como es lógico, una prudente nota de gastos. Bien, ¿qué me contesta, abogado?

Myrrell reflexionó unos segundos. La ocasión era magnífica, pero había algo en su visitante que no acababa de convencerle. ¿Por qué le iban a dar a él cincuenta mil dólares de honorarios, en un caso relativamente sencillo, cuando otro abogado de reputación consolidada podía lograr una solución satisfactoria y por mucho menos dinero?

Pero ¿no le había dicho a la misma *Light* que no se haría cargo de su caso hasta que hubiese terminado el que tenía entre manos?

—Lo siento —respondió al cabo—. En estos momentos, me es absolutamente imposible aceptar su generosa proposición.

Hancock parpadeó.

—Pensaba que usted aceptaría...

—Repito que lo lamento, pero no sería honesto conmigo mismo si le contestase afirmativamente y luego no pudiera realizar la gestión que desea su cliente. Si el asunto urge, busquen a otro abogado, pero a mí me es imposible de todo punto.

—Señor Myrrell, estoy autorizado por mi representado para aumentar sus honorarios a setenta y cinco mil dólares —dijo el visitante.

Myrrell se puso rígido en el acto. Estuvo así un instante y luego aspiró el aire con fuerza.

—Sus palabras tienen un olor inconfundible a soborno — contestó secamente.

Hancock enrojeció.

—Sólo se trata de unos honorarios, perfectamente justificables...

—Hemos terminado —cortó el joven con frialdad—. Por mi parte, eso es todo, señor Hancock.

—No, no es todo —dijo Hancock, sin poder ocultar la furia que le devoraba interiormente—. Como suele decirse, he venido a ofrecerle la paz, bien doradita, pero usted parece preferir la guerra. ¡Pues bien, va a tener guerra inmediatamente!

Myrrell se quedó atónito, sin comprender del todo el significado de aquellas frases. Pero lo supo muy pronto cuando Hancock, en dos saltos, ganó la puerta y la abrió de golpe.

—Entrad, muchachos —dijo, sonriendo perversamente—. Entró, para convencerle a este picapleitos de la conveniencia de emprender un largo viaje a Chicago y ahora sin otro premio que el billete del avión.

Dos sujetos de rostros duros y hoscos cruzaron el umbral inmediatamente. Uno de ellos juntó las manos e hizo crujir sus nudillos con ominosos chasquidos.

El otro se escupió en una mano, para frotarse las dos a continuación, como disponiéndose a emprender un trabajo penoso. Myrrell se dio cuenta en el acto que estaba ante dos matones, que le destrozarían a golpes, sin el menor remordimiento.

Retrocedió un par de pasos. Su espalda chocó contra la pared.

Miró a Hancock. El sujeto continuaba sonriendo con expresión llena de malevolencia.

Myrrell tanteó con la mano derecha hacia atrás. Los dos hampones se lanzaron súbitamente a la carga.

Una esfera blanca centelleó de pronto en el aire. Se oyeron dos golpes secos.

¡CRACK! ¡CRACK!

Dos cuerpos humanos se desplomaron al suelo, fulminados por los secos golpes de la bola de marfil contra sus frentes respectivas. Hancock dejó de sonreír y abrió la boca, estupefacto.

El joven bendijo in mente a Marty Heckett y a sus enseñanzas sobre el manejo del bastón como arma defensiva. Pero decidió no dar respiro a sus visitantes y, casi en el acto, golpeó con la caña una

de las piernas de Hancock.

El sujeto lanzó un aullido al sentir el golpe en la canilla y empezó a saltar ridículamente. Sonriendo satisfecho, Myrrell hizo un par de volteos con el bastón y se encaminó hacia la puerta.

—Por favor, señor Hancock, cierren cuando se marchen —rogó cortésmente.

Aquella noche, Myrrell, poco después de las diez, estaba hablando con una mujer en un local escasamente alumbrado, en el que abundaban los cortinajes de color rojo oscuro y en donde las conversaciones se celebraban en voz baja.

Había mesas ocupadas por parejas de todas clases: hombres con mujeres, y mujeres con mujeres. Myrrell sonrió al contemplar el espectáculo que ofrecía aquella variada fauna, cuya discreción, sin embargo, parecía la norma del lugar.

En un pequeño estrado, un pianista de color interpretaba melancólicos *blues*, acompañado por un contrabajo. En la barra, varios clientes eran atendidos por un barman de aire ausente y expresión escéptica.

La mujer no tenía muchos más de treinta años y era una vistosa pelirroja, de profundo escote y cuerpo abundante en curvas. Myrrell se fijó en el maquillaje, muy discreto, pero realizado con una gran experiencia.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Qué quieres de mí? Te advierto que no suelo sentarme a consumir con los clientes...

—Alguna vez tendrías que hacer una excepción, Hassie Sullivan —sonrió el joven.

—Eso es debido a la persona que te envía. Le debo algunos favores, pero no le conviene abusar.

—De acuerdo. Voy a ser breve, Hassie. Me llamo Jess Myrrell y soy abogado. Ah, si te gusta, llámame Stumpy. Hubo un tiempo en que me ponía enfermo de oír ese apodo, pero ya me he acostumbrado.

—¿Te hirieron en Vietnam?

—No, me pisó un elefante.

Hassie lanzó una breve carcajada.

—Tienes buen humor —elogió—. ¿De qué se trata?

—El administrador de la casa donde vivía me dijo que ella

trabajó aquí un tiempo. Me refiero a Rose Lou Kippelt. Ella se marchó de su domicilio y no dejó nuevas señas. Eso ocurrió hace unos seis meses, Hassie.

La pelirroja hizo un gesto de pesadumbre.

—Lo siento, Stumpy. Ya no podrás hablar con Rose Lou. A menos que recurras a los servicios de un experto en espiritismo... pero yo nunca he creído en esas paparruchas. Cuando se muere una persona, deja de hablar para siempre y no hay más.

Myrrell hizo una mueca.

—Está muerta —dijo.

—Hace cuatro meses largos, Stumpy.

—¿Qué le pasó?

Hassie trazó con el índice un signo gráfico en su cuello.

—Se lo cortaron de oreja a oreja —contestó.

—¿Por qué?

—Un cliente borracho. Yo se lo había advertido más de una vez. «Ten cuidado a quién te llevas a tu apartamento...», pero ella no me hizo caso y se fue con aquel marinero que parecía una esponja... Cuando encontraron su cadáver, yaapestaba. Hacía cuatro días al menos que la habían «apiolado».

—Terrible —comentó el joven—. Bien, si Rose Lou ha muerto, ya no tengo nada más que hacer. Gracias por todo, Hassie.

—Espera un momento —pidió ella—. ¿Qué interés tienes en Rose Lou?

Myrrell vaciló un momento.

—Bueno, es algo confidencial...

Hassie hizo un amplio ademán con el brazo.

—Aquí veo y oigo cosas que no te podrías imaginar siquiera —manifestó—. Jamás he divulgado ningún secreto de mis clientes, ni siquiera a la policía. —Miró críticamente al joven—. ¿Por qué no seguimos la conversación en mi apartamento privado?

—No querría apartarte de tus obligaciones.

Ella se puso en pie, a la vez que se echaba a reír.

—Tengo un par de buenos empleados, que no permiten que nadie levante la voz —dijo—. Ven, sígueme y no te preocupes de más.

Hassie pasó detrás de un biombo y salió a poco vestida con una bata corta, muy transparente, que permitía ver la ropa interior, roja,

con encajes negros. Fue a una consola y llenó dos copas.

—Sigamos. Stumpy —dijo, con su copa en la mano, parada ante el joven, que se había sentado ya, y con los pies ligeramente separados—. En concreto, ¿qué te interesa de Rose Lou?

—Hace unos cinco años, fue testigo de una boda. Los novios dieron nombres falsos. Sinceramente, la posición de la pareja no se corresponde con lo que era Rose Lou ni tampoco Shelby Hyams. Supongo que ya sabes lo que le ha pasado a Hyams.

—Sí. Cosas de su «oficio». Debió de quedarse con algo más de lo que le correspondía y alguien se sintió disgustado.

—En tal caso, podríamos pensar que el marinero borracho no era marinero y sólo fingía la borrachera.

—Pero eso ocurrió hace cuatro meses —alegó Hassie.

—Tal vez Rose Lou murió como escarmiento, pero Hyams no tomó su ejemplo. De todos modos, empiezo a pensar que el asunto del contrabando es sólo una tapadera.

—Tapadera, ¿de qué, Stumpy?

—Antes has dicho que sabes ser discreta. En aquella boda, el novio era Fitterman.

Hassie lanzó un tenue silbido.

—Es posible que tengas razón —convino—. Debe de tratarse de un asunto mucho más importante que un puñado de piedras preciosas de contrabando.

—Fitterman se casó y dio un nombre supuesto, lo mismo que la novia. Pero hay un hijo, de siete años, y su fortuna está en el alero. Aunque los novios se casaron con nombres supuestos, los testigos, Hyams y Rose Lou, podrían declarar que fueron testigos de la ceremonia. Como puedes comprender, esto variaría radicalmente la situación, en beneficio de mi cliente, por supuesto.

—Muy bien —dijo ella—. Haré una cosa. No puedo prometerte nada, pero si consigo saber algo, te lo comunicaré inmediatamente. ¿Te conviene?

—Desde luego —sonrió Myrrell—. Pero sé discreta; recuerda lo que le pasó a Hyams y a Rose Lou.

—No te preocupes, sé manejar cierta clase de asuntos.

—A pesar de todo, ten cuidado —insistió él—. Y, a propósito, ¿tú podrías decirme dónde puedo encontrar a Rol Vargo?

—¿El Puñalero? —se estremeció Hassie.

—Sí, el mismo. ¿Lo sabes?

Hassie meditó un instante.

—Creo que mañana podré darte una respuesta —dijo al cabo.

—Muy bien. Te dejaré una tarjeta y... Por supuesto, tengo dinero para gastos y puedo corresponder a tus esfuerzos.

Ella sonrió de cierta manera. Luego, lentamente, se quitó la bata y la dejó caer al suelo. Se sentó en una silla, cruzó las piernas y empezó a soltarse los broches del portaligas.

—Estás hablando de temas económicos —dijo.

—Eso es —sonrió Myrrell.

—¿Tienes prisa?

—Ninguna, en absoluto.

Hassie se quitó la otra media.

—Entonces, tenemos tiempo de discutir el tema financiero... durante toda la noche. ¿Te parece bien?

Myrrell dejó el bastón a un lado y empezó a soltarse el nudo de la corbata.

—Tengo la seguridad de que será una discusión de la que se obtendrán resultados sumamente beneficiosos para ambas partes —dijo.

CAPÍTULO V

Myrrell marcó un número y esperó unos instantes. A poco, oyó la voz de una mujer.

—Residencia de los señores Lamb —dijo la sirvienta.

—Soy el abogado Myrrell. Deseo hablar con la señorita *Light*.

—Un momento, señor.

Light acudió rápidamente.

—¡Stumpy! —exclamó, ansiosa—. ¿Hay noticias?

—No muchas y no muy buenas —contestó él—. La otra testigo de la boda fue asesinada hace cuatro meses.

Light emitió un sonido de decepción.

—Oh, no... ¿Cómo lo sabes, Stumpy?

—Tengo... informadores —dijo Myrrell evasivamente—. Aparentemente, Rose Lou Kippelt murió asesinada por un marinero borracho, pero empiezo a sospechar que su muerte y la de Hyams están relacionadas con este caso.

—Los mataron para que no hablasen.

—Sí, seguramente, y aunque hay una diferencia de cuatro meses entre los dos asesinatos, es probable que creyeran que primero bastaba con matar a Rose Lou. Tal vez ella era más parlanchina que Hyams.

—¿Lo dices porque era mujer?

—No, sólo por el orden en que se cometieron los asesinatos. Quizá quisieron amedrentar a Hyams, pero éste, aunque callase en un principio, pudo hacer algo que le otorgó cierta seguridad, al menos, en su opinión. El caso es que ninguno de los dos podrá declarar ya que Fitterman y Mildred se casaron.

—Entonces, no hay otra salida...

—Seguiré investigando en todos los registros civiles y en los libros de los jueces de paz. Pero no será una tarea para hoy, ni tampoco para mañana.

—Confío en ti, Stumpy —dijo *Light*.

—Gracias. Por mi parte, te prometo hacer el máximo de esfuerzos para solucionar favorablemente el caso. Ah, a propósito, ¿conoces a un tal Miltford Hancock?

—No. ¿Quién es?

—Ayer vino a verme y me ofrecía setenta y cinco mil dólares por apartarme del caso.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó la muchacha—. Pero ¿qué interés puede tener Hancock en este asunto?

—Lo ignoro, porque dijo, y eso sí es creíble, que representaba a un cliente. *Light*, ¿tú conoces a los parientes de Mildred?

—Psé... No demasiado; apenas he tenido tratos con ella. Mildred era hija de la hermana de mi madre. Los parientes provienen de otra rama, un hermano del padre, creo.

—El tuyo podrá darte más detalles, supongo.

—Sí, creo que sí.

—Bien, ya me contarás algo cuando sepas más datos. Por el momento, eso es todo. Gracias, *Light*.

Myrrell colgó el teléfono. ¿A quién representaba Hancock? ¿Quién tenía interés en desprenderse de setenta y cinco mil dólares, para obtener, indudablemente, un beneficio cien veces superior?

Por un momento, se sintió tentado de ir a hablar nuevamente con Hancock, sorprenderle, incluso atemorizarle y obligarle a declarar el nombre de su representado. Pero antes, estimó, tenía que hacer otra cosa.

Esperó pacientemente el resto del día. A las seis de la tarde, llamó Hassie.

—¿Stumpy?

—Sí, yo mismo.

—Anota: Calle Veintidós, ochocientos noventa y uno. No sé cuál es el apartamento, pero hay conserje.

—Gracias, encanto. Por cierto, olvidamos discutir el asunto económico...

Ella se echó a reír.

—La conversación que tuvimos anoche no se paga con todo el oro del mundo —dijo alegremente—. En serio, ten cuidado. Muchos dicen que Vargo disfruta viendo sangrar a sus víctimas.

—Entonces, es un sádico.

—Un psicópata. No te confíes un solo instante, Stumpy.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

—Y cuando quieras hablar de asuntos financieros, ven a verme.

—Al menos, me permitirás «convalecer», ¿verdad?

Hassie lanzó una ruidosa carcajada.

—Engañas, Stumpy. Tienes cara de chico que no ha roto un plato en su vida... y luego resultas un monstruo.

—Mujer, no soy tan feo —protestó él.

—Tú ya me entiendes —rió Hassie—. Buena caza, Stumpy.

—Gracias, encanto.

Myrrell colgó el teléfono y se puso a pensar en la mejor forma de hablar con Vargo, pero procurando que todas las ventajas estuvieran de su parte.

Antes de entrar en la casa, la estudió desde una prudente distancia. El edificio estaba destinado a apartamentos y no era precisamente construido la víspera, aunque sí conservaba aspecto excelente. Debían de vivir gentes acomodadas y posiblemente Vargo pasaría por un hombre de cierta posición y se comportaría con sus vecinos siempre correcta y atentamente.

Pero era un sanguinario asesino, se dijo. Era algo que debería tener presente en todo momento.

Pasado un buen rato, caminó hacia el edificio y entró en el vestíbulo. Un conserje le miró inquisitivamente desde su mostrador.

—¿Señor...?

—Busco a Rol Vargo. Me han dicho que vive aquí —manifestó el joven.

—Lo siento, señor; en estos momentos, se encuentra fuera.

—Pero volverá, supongo.

—Sí, normalmente viene a casa todas las noches. ¿Desea que le dé algún recado de su parte?

—¿Tiene usted una llave maestra?

El conserje respingó. Luego miró a Myrrell con desconfianza.

—¿Es usted de la policía?

—No, pero tengo grandes amigos en la fábrica de billetes del gobierno.

Impasible, Myrrell sacó cinco billetes de cincuenta dólares y los puso en abanico delante de la cara del conserje. El hombre se pasó una mano por los labios, codicioso, pero también aprensivo.

—Si... si esto se supiera, me costaría el puesto.

—No tema, no lo repetiré a nadie. Pero usted ha de prometerme que no le dirá nada a Vargo cuando vuelva. —Myrrell procuró sonreír con simpatía—. Verá, Rol y yo somos viejos amigos y hace muchos años que no nos vemos. Se alegrará del encuentro, desde luego, pero me gustaría darle una buena sorpresa. Después nos iremos a corrernos la gran juerga, para recordar viejos tiempos. — Se señaló melancólicamente la pierna izquierda—. Un *souvenir* del Vietnam, amigo. Y gracias a Rol estoy vivo y puedo contarle, ¿sabe?

El conserje sonrió también.

—Siendo así, no hay inconveniente —respondió—. Lo de Vietnam debió de ser horrible, supongo.

—No se lo puede imaginar —contestó Myrrell.

—De acuerdo, vamos a su apartamento.

Los cincuenta dólares cambiaron de mano. Myrrell se preguntó qué diría *Light* si supiera que derrochaba su dinero de semejante manera, pero a fin de cuentas, eran gastos necesarios.

—No le diga nada —insistió, cuando ya estuvo en el apartamento del asesino—. Se perdería el efecto de la sorpresa.

—Descuide, señor; seré mudo como una tumba —respondió el conserje.

«Si supieras lo que yo sé, probablemente esa respuesta no sería una simple metáfora», pensó el joven.

Después de quedarse solo, revisó el apartamento unos minutos. No había allí el menor indicio que pudiera comprometer a Vargo. Si hacía algún trato, usaría el teléfono. «En este oficio no hay documentos», se dijo.

Al cabo de un rato, buscó un sillón y se sentó a esperar a Vargo.

El ruido de la llave en la cerradura le despabiló. Myrrell se había adormilado y volvió a la consciencia instantáneamente.

En silencio, se situó junto a la puerta. Alguien entró, encendió la luz y se volvió para cerrar. Entonces, una bola de marfil le golpeó con poca fuerza en la frente.

Sin embargo, fue suficiente. Vargo cayó fulminado.

Transcurrieron unos minutos. Vargo abrió los ojos, gruñó algo entre dientes y miró a su alrededor, todavía aturdido. Entonces sintió en su garganta el contacto de algo puntiagudo.

—No te muevas —oyó al desconocido—. Si intentas levantarte, tú mismo te atravesarás la garganta.

Los ojos de Vargo bizquearon al mirar la afilada hoja de acero que se apoyaba en su cuello. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—¿Por qué mataste a Hyams?

—¿Cómo...? Oiga, yo no sé nada...

Myrrell hizo una ligera presión y en la piel del cuello de Vargo apareció una gotita de sangre.

—El suelo es de *parquet*. Puedo dejarte pinchado como una mariposa, y te aseguro que no me importaría en absoluto. ¿Quieres hacer la prueba?

Gotas de sudor resbalaron por las sienes del asesino. En sus ojos apareció el miedo.

—Si se lo digo, ¿qué me hará? —preguntó.

—Tú, habla; después, tomaré una decisión. No tienes elección. Rol. O hablas o te atravieso el pescuezo.

—Yo no conocía a Hyams. Me pagaron para que lo liquidase.

—¿Quién?

Vargo titubeó.

—Vamos, vamos —dijo el joven—. No estoy aquí para perder el tiempo inútilmente. Demasiado sé que mataste a Hyams por dinero. Lo que importa es: ¿quién te lo ordenó?

—No lo había visto nunca... Dijo que se llamaba Jim Panney... Yo estaba tomando unas copas en el Red Crow, el tipo se me acercó... Y, bueno, hicimos el trato...

—¿Por cuánto?

—Tres mil.

Myrrell se sintió asqueado al oír las respuestas del sujeto. Aquel hombre mataba por dinero, sin importarle quién era su víctima. Sintióse acometido por una cólera infinita, pero logró dominar sus impulsos. El Red Crow era el local de Hassie, se dijo.

—¿Recuerdas su aspecto? —preguntó.

—Bueno, era bastante alto, bien parecido, muy rubio, con el pelo casi blanco y los ojos muy claros... El rostro tostado, como si hiciese mucho deporte.

Myrrell contempló al sujeto durante unos instantes. Vargo era de

estatura mediana, pero muy fornido y ancho de hombros. Tal vez era también el asesino de Fitterman.

—Mataste a Rose Lou Kippelt —acusó.

Vargo remoloneó un poco. Un ligero pinchazo en el cuello le hizo contestar rápidamente:

—También me contrataron —exclamó.

—Y te disfrazaste de marinero borracho, ¿eh?

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Eso no importa ahora. Dime una cosa; ¿liquidaste a Fitterman?

—¡No, rayos! No tengo nada que ver con ese asunto...

Myrrell se separó unos pasos.

—Ya puedes ponerte en pie —dijo.

Vargo se levantó de un salto, rugiendo como un búfalo enfurecido. Agitó el brazo derecho y colocó la mano en determinada posición, pero no pasó nada.

Myrrell se echó a reír.

—Ya sé que tenías ahí un puñal escondido, en una funda secreta de la manga. También tenías otro en la pierna derecha y un tercero en el cinturón. Muchacho, el que te llamó Puñalero lo hizo con toda justicia.

Los ojos de Vargo despedían llamaradas de odio infinito.

—Le buscaré por todas partes, maldita sea; lo encontraré y entonces, me pagará todo...

—¿De veras? No hagas profecías estúpidas; ahora mismo voy a llamar a la policía y ya se las entenderán contigo. Seguro que limpiaste muy bien el puñal con el que liquidaste a Hyams, pero en el laboratorio encontrarán rastros microscópicos de su sangre y... Bueno, imagínate lo que te puede pasar.

—Pero ¿quién demonios es usted? ¿Por qué hace todo esto? —bramó el asesino.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Los dos hombres se sorprendieron de la llamada inesperada, aunque Myrrell se recobró primero. Movi6 la cabeza imperativamente.

—Abre —ordenó en voz baja—. Procura comportarte con toda normalidad y no des a entender que estoy contigo, porque te degollaré lo mismo que hiciste con Rose Kippelt. Recuérдалo bien;

es tu posibilidad de sobrevivir. No la desperdicies.

Vargo asintió en silencio. Fue hacia la puerta y abrió.

—¿Qué desea a estas horas? —preguntó.

Myrrell esperó la respuesta, pero lo único que oyó fueron dos estampidos, muy seguidos. Pudo ver el cañón del arma y los dos chorros de fuego, dirigidos directamente al rostro del asesino.

Vargo pegó un tremendo salto y cayó al suelo. El autor de los disparos cerró de golpe, antes de que el estupefacto joven tuviera tiempo de reaccionar.

Myrrell decidió comportarse con toda prudencia. Sus armas no podían competir con el revólver del otro asesino.

CAPÍTULO VI

Light sintió un escalofrío de horror al oír el relato que Myrrell le hizo del suceso ocurrido la víspera.

—En realidad, sucedió hoy, porque ya habían dado las doce de la noche —puntualizó el joven—. Aunque éste es un detalle que no tiene importancia.

—¿Viste al asesino?

—No, sólo vi asomar el cañón del arma. El asesino de Vargo no me vio a mí ni siquiera sabía que estaba allí.

—Pero leerá los periódicos y sabrá que estabas con Vargo cuando murió.

—No puedo evitarlo —respondió el joven.

—Quizá te busque también para matarte —apuntó *Light*, aprensiva.

—Es posible, pero si lee los periódicos, como dice, sabrá que no dije nada a la policía, cuando acudieron más tarde. Declaré que era un antiguo conocido de Vargo y que había ido a charlar con él de asuntos comunes. No sé si creyeron mi historia, pero era lo único que podía decir.

—En lo cual no hiciste bien, debo reprochártelo.

—Perdóname, *Light*, pero si hubiese declarado que sabía quién era el hombre que contrató a Vargo para matar a Hyams y a Rose Lou, el asesino habría sabido inmediatamente que Vargo habló antes de morir. Ahora está seguro de que no sé nada y me dejará en paz.

—Ojalá sea como dices —deseó *Light* fervientemente—. Bien, ¿cuál es tu siguiente paso?

Myrrell consultó su reloj de pulsera.

—Aún es pronto. He encargado a una agencia de detectives que busquen en todos los registros civiles, para saber si Fitterman y Mildred celebraron una boda civil. Sin embargo, no logro

explicarme por qué tuvieron que usar nombres falsos en la parroquia del reverendo Sweddin.

—Ya tampoco lo entiendo. Mildred era soltera y su conducta, pese al hijo habido fuera del matrimonio, era irreproachable. Nunca había dado escándalos ni se le conocían actos reprobables. En cuanto a Fitterman, era viudo desde hacía algunos años y, por tanto, absolutamente libre de casarse con quien deseara.

—Ese uso de nombres imaginarios tuvo una base, pero si ambos están muertos, y lo mismo los testigos, nos va a ser muy difícil averiguarlo.

Myrrell alzó una mano para llamar al camarero que les había servido el almuerzo de mediodía.

—¿Has comido a gusto? —preguntó.

Light sonrió.

—Sí, es un buen sitio —repuso.

—Suelo venir aquí con frecuencia, aunque nunca pido platos costosos. Mi posición no me permite demasiados lujos.

Ella abrió su bolso.

—Stumpy, si me permites...

—Por favor, de todos modos, estás pagando la cuenta —contestó él—. Lo incluiré en la nota de gastos, si no tienes inconveniente.

—Por favor —accedió ella.

—*Light*, tú me hablaste de los parientes del difunto, que heredarían su fortuna, si no se prueba que Eddie es su hijo. Tengo sus nombres, pero ¿qué más puedes contarme de ellos? ¿Todos son unos buitres, como me dijiste en una ocasión?

—No son buena gente, ésta es la verdad. Y si pueden, desde luego, dejarán al niño sin un dólar.

—¿Crees que ellos pudieron tramar el asesinato de Fitterman?

—No sé qué decirte. La verdad es que no puedo afirmar nada en un sentido u otro, Stumpy.

Myrrell se acarició el mentón.

—Cuando hay un grupo de parientes que ambiciona una herencia, siempre hay uno que domina al resto y que toma la iniciativa casi siempre. Y también hay otro mejor que los demás, uno que no le haría ascos al dinero, pero obtenido legalmente o, por lo menos, de una forma que no le remuerda demasiado la conciencia.

—Uno bueno y otro malo —sonrió *Light*.

—Exacto.

—Bien, en tal caso, te diré quién es el malo: Lefty Melken, hijo de un hermano del padre de Fitterman y, por lo tanto, primo del difunto.

—¿Y el bueno?

—Nora Bambrough, con el mismo parentesco. Pienso que a ella le gustaría más un reparto de la fortuna con Eddie, en lugar de dejarlo en la calle.

—Muy bien, tendremos en cuenta esos datos. Ahora, si me lo permites, volveré a mi casa, para estudiar unos documentos, antes de ir a hacer una visita.

—¿A quién, Stumpy?

—A la persona que puede indicarme, tal vez, el paradero del hombre que pagó a Vargo por asesinar a Hyams —contestó él.

—¿Puedo acompañarte? —rogó la muchacha.

—No te lo aconsejo. Es un local... no demasiado elegante.

—¿De veras crees que no debo ir?

Myrrell sonrió.

—Está bien. Me reuniré contigo a las diez de la noche y acudiremos juntos. Pero no te sorprendas de lo que puedas ver y oír.

—Me taparé los ojos y me pondré tapones en los oídos.

—Entonces, ¿para qué quieres venir?

Light soltó una espontánea carcajada.

—Tienes razón. En ese caso no merecería la pena acudir a ese antro de perversión —dijo.

Momentos después, se dirigían hacia la salida. Cuando cruzaban la puerta, alguien tropezó violentamente con el joven y estuvo a punto de derribarlo. Myrrell gruñó una imprecación y se esforzó por recobrar el equilibrio.

—Hay gentes que no tienen ojos en la cara —dijo *Light* críticamente.

El hombre que entraba no contestó. Su mirada estaba fija en el rostro de Myrrell.

—A ti te conozco yo —exclamó de pronto.

—No lo ha demostrado usted mucho, amigo. Casi me mata —rezongó el joven.

—¡Y tú también me conoces, diablos! Eres Stumpy Myrrell y yo soy Johnny Schulten. ¿No me recuerdas?

—¡Caramba, ahora que lo dices...! Sí, claro, te recuerdo perfectamente —dijo Myrrell sonriendo—. En tiempos caminabas como un alce perseguido por los lobos. No has perdido la costumbre, por lo visto.

—Dispénsame, Stumpy; estoy citado con mi esposa aquí y ya llego un poco retrasado... ¡Pero, por las barbas de la ballena que se tragó a Jonás!, si ella es la beldad del «campus». Nada menos que *Light* Lamb en persona... Oye, Stumpy, y tú también, *Light*, tenemos que celebrar el reencuentro... Hace años que no nos vemos —dijo Schulten, muy excitado.

—Sí, pero en otro momento. Ahora tenemos trabajo —contestó Myrrell—. Supongo que tú trabajarás también, si es que terminaste la carrera.

—Claro, y con muy buenas notas —respondió Schulten orgullosamente—. Ahora soy ayudante de mi padre y...

Schulten se interrumpió para mirar al interior del restaurante.

—Perdonad, chicos, pero mi esposa me está haciendo señas de que vaya allí. Nos veremos en otro momento... Hasta la vista...

Myrrell y *Light* cambiaron una mirada.

—Siempre será el mismo —dijo él.

—Pero si era un magnífico estudiante. Un día será tan famoso como su padre. Por cierto, deberías ir a visitar al padre de Johnny...

—No insistas —contestó Myrrell, haciendo una mueca—. Lo mío no tiene remedio.

Salieron a la calle. *Light* subió a su coche.

—Estaré preparada a las diez en punto —le recordó.

—Procuraré ser puntual —contestó Myrrell.

La muchacha se alejó. Él fue a buscar su coche. Por un momento, pensó en seguir el consejo de *Light* y visitar al padre de Schulten, pero desistió en el acto.

Renqueando, se encaminó hacia el lugar donde tenía su coche estacionado.

—Estás cojo para el resto de tus días —se dijo con amargura.

El pianista interpretaba suavemente una melodía de *jazz*, improvisando variaciones sobre el tema original, acompañado por

el violonchelo. Las conversaciones se celebraban en voz baja, como era norma.

De pronto, una mujer, de unos cuarenta años, muy pintada y con los ojos espesamente cargados de maquillaje, se acercó a una mesa y se inclinó para hablar con una chica de poco más de veinte años, que fumaba displicentemente en una larga boquilla. La primera mujer dijo algo y la otra asintió. Luego se puso en pie y ambas salieron juntas del local.

—Es... asqueroso —calificó *Light*, que había contemplado la escena desde el principio.

—Es la vida —dijo él, filósofo.

—Tan joven... y ya pervertida...

—Probablemente, no.

—Pero la otra, la de más edad, parecía...

—Sí, desde luego. Tiene dinero y se paga sus caprichos.

—Y la muchacha ha accedido.

—Por dinero, no le des más vueltas. Lo más probable es que tenga un amigo, pero de esta forma, se gana un puñado de dólares. Ya te dije que no era lugar recomendable para ti, *Light*.

—Bien, supongo que no volverás a traerme aquí en otra ocasión. Pero ¿se puede saber qué hacemos, quietos, sentados, con unas copas que no hemos tocado apenas?

—Paciencia. Pronto vendrá alguien.

Pasaron unos minutos. De pronto, una hermosa pelirroja se acercó a la mesa.

—¿Se encuentran a gusto en mi local? —preguntó Hassie.

—No es necesario que disimules —contestó Myrrell jovialmente—. Ella y yo somos solamente amigos. En realidad, abogado y cliente. Hassie, te presento a *Light* Lamb. *Light*, ella es Hassie Sullivan, propietaria de este local.

—¿Cómo está usted, señorita Lamb? —saludó Hassie.

—Es un placer... ¿Cómo debo tratarla, señora Sullivan?

—Use mi nombre, simplemente. —Hassie se volvió hacia el joven—. ¿Te sucede algo, Stumpy?

Myrrell hizo un ligero ademán.

—Siéntate, por favor.

Hassie obedeció. El joven sacó cigarrillos. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Su nombre, no sé si real o falso, es Jim Panney. Tiene el pelo muy claro, casi albino, ojos también claros y es bastante atractivo. La piel está tostada, como si tomase mucho el sol. ¿Lo conoces?

Hassie hizo un gesto de asentimiento.

—¿Por qué lo buscas, Stumpy?

—«Contrató» a Vargo.

La pelirroja hizo un gesto de sorpresa.

—¿Panney hizo eso? —exclamó.

—No hay duda alguna. Me lo dijo el propio Vargo.

—Debes de ser un tipo muy persuasivo. El Puñalero no hablaría por iniciativa propia —dijo Hassie, admirada.

—Trucos del oficio —contestó él, con fingida molestia—. Habló y eso es lo que interesa. Bien, ¿qué me dices de Panney? ¿Lo conoces? ¿Sabes dónde puedo dar con él?

—Lo conozco, aunque no sé dónde vive. Deberás aguardar un poco hasta que consiga averiguarlo.

—Ya sabes mi número de teléfono. Llámame en cuanto tengas noticias del sujeto.

—Descuida, Stumpy.

—Por cierto —preguntó Myrrell—, ¿a qué se dedica Panney?

Hassie sonrió de un modo peculiar.

—Yo diría que satisface los caprichos de las mujeres ricas y maduras.

—¡Un gigoló! —exclamó *Light*.

—Algunos dicen también que si un hombre le busca y Lene dinero en abundancia... —Hassie no remató la frase, pero el resto se comprendía perfectamente.

Light se sentía horrorizada. Myrrell contuvo una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Procura averiguar cuanto antes dónde vive ese pájaro de cuenta. Nos interesa muchísimo a los dos.

—Haré todo lo que pueda —contestó la pelirroja.

Light se sentía evidentemente incómoda y Myrrell decidió dar por terminados sus tormentos.

—Perdona, Hassie, pero tenemos que marcharnos. ¿Quieres enviarnos la cuenta?

Hassie hizo un gesto magnánimo.

—Invita la casa. Stumpy, ¿sabes que te acompaña la chica más guapa que he visto en los días de mi vida? Eres un hombre

afortunado, no cabe duda.

—Gracias, en nombre de ella —sonrió el joven.

Light se puso en pie.

—He tenido mucho gusto en conocerla, Hassie —manifestó.

—No, no ha tenido el placer que dice. Se le ve en la cara —dijo la pelirroja rudamente—. Pero no se puede evitar; son cosas de la vida y cada uno hace lo que puede en este mundo, aunque, eso sí, siempre que no cause daño a los demás.

—No quise ofenderla, no era ésa mi intención —se disculpó la muchacha.

—¡Bah, no haga caso! —rió Hassie—. Stumpy, te llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias, Hassie.

Salieron a la calle. *Light* respiró a pleno pulmón.

—Nunca había estado en un antro semejante y, espero, no volveré a estar en los días de mi vida —exclamó.

—Recuerda que viniste por tu propia voluntad. Yo ya te lo había advertido —contestó el joven.

—No te lo reprocho. Pero esa mujer... De todas formas, es muy guapa. Y te trata con mucha familiaridad, Stumpy.

—Sí, eso es cierto.

—¿De qué la conoces?

—Bueno, ella fue la que me dijo dónde vivía Vargo. Yo buscaba a Rose Lou Kippelt, porque había trabajado un tiempo en el Red Crow. Se lo pregunté, charlamos un rato, luego le pedí detalles de Vargo y... Bien, eso es todo, *Light*.

—Sólo hubo charla, claro —dijo la muchacha maliciosamente.

—Si hubiese habido algo más, ¿crees que debería decírtelo?

—¿Por qué no? Esas cosas pasan siempre, entre hombres y mujeres.

—Vaya, parece que ahora piensas de un modo distinto —se asombró él.

—Bueno, Stumpy, un hombre y una mujer... es lo lógico y natural. Pero otras relaciones... Lo siento, no lo puedo remediar. Quizá sea el resultado de una educación demasiado estricta.

—Es preciso ser comprensivo con las flaquezas humanas, *Light* —dijo él persuasivo.

—¿Comprensivo o tolerante?

—La comprensión implica también la tolerancia. En todo caso, esos desviados sólo se hacen daño a sí mismos. Pero nosotros no somos quiénes para juzgar su conducta privada. Y si hacen cosas que no te gustan, la solución es fácil: no te acerques a ellos.

—¿Ésa es tu forma de pensar, Stumpy?

—¿Qué quieres que te diga? No voy a ir por ahí con una pistola en la mano, pegando tiros a todo el que no se comporta según las no tan inmutables reglas de la naturaleza. Son cosas que pasan desde tiempo inmemorial. Si mal no recuerdo, ya en Sodoma ocurrían hechos de esta índole. No hemos inventado nada las gentes del siglo xx, créeme.

—Sí, tienes razón —suspiró ella—. Es mejor no pensar en ese tema.

—Y volver a casa y ocuparnos de otro asunto más importante.

Ya habían llegado al lugar donde Myrrell tenía estacionado su coche. Cuando se disponía a abrir, alguien dijo:

—Perdone, amigo, pero el uso de este coche no es gratuito.

—Tienen que soltar toda la «pasta» para poder marcharse en él —añadió otro individuo.

CAPÍTULO VII

Light emitió un grito de susto al oír aquellas palabras. Myrrell se volvió y divisó a dos sujetos, de largas melenas y estrafalariamente vestidos, que les amenazaban con sendas navajas.

—Ah, quieren nuestro dinero —adivinó.

Uno de ellos era rubio y el otro moreno. El primero se echó a reír.

—Longy, el tipo es un adivino —comentó.

—No se lo hemos dicho. ¿Cómo lo habrá sabido? —dijo el otro, con fingido asombro.

De pronto, Myrrell notó algo raro en los sujetos.

Eran altos, corpulentos, de anchos hombros. Uno de ellos tenía una cinta multicolor que le rodeaba la cabeza y llevaba varios collares de abalorios. El otro vestía enteramente de negro y también llevaba unos cuantos collares y un gran medallón. Pero sus rostros indicaban muchos más años de los que se podía suponer, según su atuendo.

El llamado Longy se acercó a *Light* y le puso la punta de la navaja entre los senos.

—Oye, cojo, ¿quieres que le pinchemos estos globitos tan hermosos a tu chica?

—Esperen —pidió el joven—. No llevo mucho dinero encima, pero se lo daré todo. No la toquen a ella, por favor.

—Yo llevo unos trescientos dólares —dijo *Light*—. Se los daré...

—Vaya, va a resultar una noche muy agradable —comentó Longy—. ¿Qué te parece, Hart?

—Maravilloso. Oye, cojo, no te muevas o te rajo —amenazó el segundo atracador.

De repente, Myrrell lo vio todo claro.

Aquellos sujetos se hablan disfrazado. Eran los mismos que habían acompañado a Hancock en su visita. El atraco no era sino

una acción simulada, para... «¿Para qué?», se preguntó.

De pronto, creyó averiguar la verdad. Buscarían una ocasión propicia y le asestarían un navajazo, con lo que tendría que pasarse una temporada en el hospital. O quizá aquella herida podía tener consecuencias mucho más graves...

Hart retrocedió un par de pasos, tras arrebatarse de un manotazo el bolso de la muchacha. Empezó a registrarlo, mientras Longy continuaba manteniendo a raya a Myrrell.

De pronto, Myrrell concibió una idea.

—Eh, amigo, se le ha caído el encendedor de oro de la señorita —se dirigió a Hart.

Los dos sujetos apartaron inmediatamente la vista de sus víctimas. Myrrell decidió aprovechar la situación y movió la mano izquierda. Longy estaba demasiado cerca de él para manejar el bastón y tenía que apartarle un poco.

El sujeto retrocedió trastabillando, a la vez que emitía una obscena maldición. Hart se volvió hacia él y blandió la navaja.

—Maldito cojo; te voy a rajar de arriba abajo, aunque tengas ese condenado bastón...

Myrrell supo así que sus sospechas se habían confirmado. Dio un par de pasos hacia atrás, cambió el bastón a la mano izquierda y luego empuñó la bola con la derecha. Inmediatamente, hizo una seca torsión de un cuarto de vuelta y tiró de la bola hacia sí.

Hart caía ya sobre él, cuando, de pronto, vio surgir algo que le hizo abrir los ojos desmesuradamente. Trató de refrenar su impulso, pero ya no podía hacerlo y el estoque, de setenta centímetros de longitud, le perforó limpiamente el hombro derecho.

El hampón cayó de espaldas, aullando como un poseído. Longy, estupefacto, no acertaba a reaccionar.

Myrrell aprovechó la ocasión para ponerle la punta del estoque en la garganta.

—Tira la navaja o te degüello.

Longy obedeció en el acto. Myrrell enfundó el estoque y luego, súbitamente, usó la bola de marfil.

El sujeto se desplomó, fulminado. Su compinche yacía en el suelo, ahora silencioso, porque también había perdido el sentido.

Light se sentía pasmada de asombro.

—Lo has matado —dijo, refiriéndose al que había recibido la

herida en el hombro.

—No, sólo le he hecho un agujero en la piel —sonrió el joven.
Ella miró a su alrededor.

—No viene nadie...

—En estos barrios, la gente suele ocuparse de sus propios asuntos y no mete las narices en los ajenos —contestó Myrrell.

De repente, se inclinó sobre los hampones y registró sus bolsillos. Momentos después, se incorporaba con un puñado de billetes en los bolsillos.

—*Light*, como dijo aquél, éstos fueron por lana y volvieron trasquilados —exclamó alegremente.

—¿Te vas a quedar con su dinero? —preguntó ella, asombrada.

—Naturalmente. Ellos pretendían robarnos también y, estoy seguro, algo más: no diré que quisieran matarme, pero sí buscaban la forma de enviarme al hospital para una buena temporada.

Myrrell volvió a inclinarse y de sendos tirones, arrancó las pelucas de los falsos *hippies*.

—Acompañaban a Hancock cuando quiso sobornarme —añadió.

Light no tenía fuerzas para hablar. Myrrell la empujó hacia el coche.

—Pronto volverán en sí, no te preocupes. El herido buscará a alguien de confianza que lo cure y el suceso no tendrá más repercusiones —dijo él, después de arrancar.

—Entonces, fue un atraco simulado...

—Sí.

—¡Y tú tienes un estoque en el bastón! —gritó *Light*.

—Ya te contaré su historia otro rato —sonrió Myrrell felicitándose de la idea que había tenido de aceptar el bastón y los entrenamientos que le había ofrecido Marty Heckett—. Mañana —agregó— iré a hablar con Hancock.

—¿Qué le vas a decir?

—Simplemente, le haré una pregunta: ¿Quién es su cliente?

—No querrá contestarte, Stumpy.

—Hablará, no te preocupes —vaticinó el joven, seguro de sí mismo.

En la puerta había un rótulo con la siguiente inscripción:

M. HANCOCK, CONSULTOR FINANCIERO.

Myrrell la empujó y se encontró frente a una mujer que tecleaba en una máquina de escribir.

—Busco al señor Hancock —dijo.

Fitterman

—¿Su nombre, por favor?

—Walter, Jeb Walter —mintió el joven descaradamente.

—Aguarde un momento, por favor.

La empleada habló por el interfono. Myrrell se dijo que aquella oficina no era sino una tapadera de asuntos nada honestos. Hancock era un pájaro de cuenta, dedicado a negocios que estaban muy mal vistos por los hombres que representaban a la Ley.

—Ya puede pasar, señor Walter —dijo la secretaria—. Aquella puerta, por favor.

—Gracias.

Myrrell cruzó el antedespacho, llegó a la puerta y la abrió. Hancock estaba de espaldas, en pie, consultando algo en un archivador.

—Un momento, por favor, señor Walter, enseguida le atiendo.

El joven cerró cuidadosamente.

—No soy Walter —manifestó.

Hancock respingó. Volvió el rostro y se puso pálido al reconocer a su visitante.

—Myrrell —murmuró.

—El mismo —sonrió el joven—. Señor Hancock, he venido a hacerle una pregunta y quiero que me la conteste sin más dilación: ¿Quién le iba a dar cincuenta mil dólares, para entregármelos a fin de hacer un viaje inútil a Chicago?

—No puedo declarar el nombre de mi cliente —contestó Hancock orgullosamente.

—Se equivoca. Éste es un asunto en el que no interviene para nada el secreto profesional. Usted me lo dirá ahora mismo, créame.

Hancock sonrió.

—¿Va a golpearme con el bastón? Hace daño, lo admito, pero ni aun así hablaré...

—Sigue equivocado —cortó Myrrell fríamente—. ¿No le han dicho nada sus amigos Longy y Hart?

Súbitamente, Myrrell sacó el estoque y apoyó la punta en el

pecho del sujeto. Hancock se puso lívido.

—Oiga, no irá... Por Dios, quite eso... Podría atravesarme con toda facilidad...

—Es cierto. Hart lo sabe muy bien. ¿No se lo ha dicho?

—No... no he hablado con ellos...

—Usted les ordenó que me pincharan, para apartarme de la circulación durante una temporada. Bueno, Hart tiene un nombro a la funerala y Longy un chichón como un huevo de avestruz. — Myrrell empujó un poco el estoque—. Bien, ¿habla o aprieto a fondo?

—¡Lefty Melken! —chilló Hancock, lleno de pánico.

—Ah, el primo de Fitterman.

—Sí...

—Quieren apoderarse de la fortuna de su hijo.

—No lo sé todo... Melken no fue muy explícito... pero sé que quieren conseguir esa fortuna...

—Por todos los medios, ya veo. Bien, hablaré con el señor Melken. Por supuesto, no le diga que he estado a verle a usted. Podría ponerle furioso, ¿sabe? Entonces, Melken se mentiría inclinado a contratar al mismo tipo que asesinó a sargo. ¿Ha oído hablar de ese suceso?

Hancock estaba pálido como un difunto. Apenas si pudo hacer un ligero gesto de asentimiento.

—Bien, por mi parte, eso es todo —continuó Myrrell—. Voy a hacerle una advertencia, Hancock. Meterse conmigo es muy peligroso. Olvídese de mí, olvídese de mi nombre rara el resto de sus días. Quizá en la próxima ocasión no me sienta tan compasivo.

El estoque volvió a su funda. Myrrell hizo un vistoso volteo con el bastón y luego, súbitamente, golpeó la nariz del consultor financiero.

Hancock lanzó un aullido de dolor. Con los ojos llenos de lágrimas y las manos en la nariz, se arrodilló en el suelo.

—El estoque podría atravesar un corazón y la bola de marfil romper una frente con toda la facilidad del mundo. Recuérdelo en todo momento —se despidió Myrrell con truculencia.

Al pasar al antedespacho, se detuvo un instante frente a la mesa de la secretaria.

—El señor Hancock desea no ser molestado durante media hora

—dijo.

—Sí, señor —contestó la mujer con aire indiferente.

Myrrell salió a la calle. De pronto, se detuvo un instante.

—Jess, hijo mío, ¿dónde está tu timidez? —se preguntó a media voz, asombrado de su propia audacia.

Estuvo así unos segundos. Luego, sacando el pecho, se encaminó hacia su automóvil.

—Ya no soy un ratón, sino un hombre —murmuró.

CAPÍTULO VIII

Después de reflexionar consigo mismo un buen rato, llegó a la conclusión de que lo mejor era visitar a Nora Bambrough en primer lugar. Según *Light*, era la más decente de los parientes de Fitterman. Mientras. Melken, quien sin duda acabaría por enterarse de lo sucedido, tendría tiempo de sobras para preocuparse.

Ello le pondría nervioso y quizá le haría dar un paso en falso, dedujo Myrrell. Le convenía poner nervioso al que, sin duda, era más peligroso de los familiares del muerto. Y era algo que no se podía dudar, puesto que Melken no había tenido inconveniente en contratar los servicios de unos hampones y, seguramente también, los de Vargo el Puñalero, aunque por mediación de Hancock.

A media tarde, se detuvo ante una casa de planta baja, rodeada por un pequeño jardín. Cruzó éste y llamó a la puerta.

Momentos más tarde, una mujer abrió y le miró con curiosidad.

—¿Qué desea? —preguntó sin sonreír siquiera.

Myrrell estudió durante unos segundos a Nora Bambrough. Tenía unos treinta y cinco años y una silueta pródiga en curvas, difícilmente contenidas por una faja completa. Pero aún resultaba muy atractiva.

Sonrió.

—Nada, señora —dijo—. La vi el otro día, me gustó enormemente y la seguí sin que se diese cuenta. Entonces me dije que tenía que volverla a ver otra vez y hoy me he decidido a llamar a su puerta. Gracias por haberme permitido admirar de nuevo su belleza. Buenas tardes, señora.

La mujer se quedó estupefacta. Myrrell dio media vuelta y echó a andar. A los pocos pasos, se detuvo y giró la cabeza.

—¿Volveré a verla otro día, señora Smithson?

—Me llamo Bambrough —puntualizó Nora.

—Vaya, entonces me engañaron.

—¿Quién le engañó?

—Oh, no importa. Alguien dijo que la conocía a usted... pero, sin duda, quiso tomarme el pelo. Perdone, señora Bambrough. Adiós.

—Eh, aguarde un momento. No se vaya tan pronto —rogó Nora. Myrrell retrocedió un poco.

—¿Sí?

—Dígame, ¿quién le habló de mí, señor...?

—Walter, Jeb Walter —contestó el joven, dando el mismo nombre que había utilizado en la oficina de Hancock—. Se llama Roy Peterson; no sé si lo conocerá usted, señora Bambrough.

—No, nunca he oído hablar de ese individuo.

—Roy es un empecinado bromista. Se dio cuenta de que usted me había gustado y quiso tomarme el pelo. Dispénsame, señora Bambrough; lo menos que yo querría en este mundo es molestarla a usted.

Nora sonrió, y su expresión adusta desapareció en el acto. Con gesto lleno de coquetería, se atusó el cabello.

—En este mundo hay demasiadas personas que disfrutan burlándose de los sentimientos de los demás, ¿no le parece?

—Sí, desde luego. En fin, no quiero seguir haciéndola perder el tiempo. Adiós, señora Bambrough.

El joven se marchó. Nora permaneció en la puerta, hasta que hubo visto desaparecer su coche en lontananza.

—Un tipo verdaderamente simpático —dijo, halagada.

Mientras, Myrrell, satisfecho de haber puesto en marcha su plan de aproximación a Nora, regresaba a su casa. Había excitado la curiosidad de la mujer y ahora trataría de ganarse su confianza. Era la mejor táctica, se dijo, en lugar de abordarla directamente. Nora hablaría más en estas condiciones.

Momentos después, se detuvo ante un semáforo. Un coche se paró junto al suyo, a su derecha.

Myrrell volvió la cabeza casualmente. El otro conductor no le miró siquiera.

Tenía el pelo amarillo, muy claro, casi blanco, y el rostro tostado. Myrrell se estremeció.

Allí, a su derecha, estaba Jim Panney, el hombre que había contratado los servicios de Vargo. Inmediatamente, se preguntó qué

hacía el sujeto a tan corta distancia.

La luz verde se encendió de pronto y arrancó. Panney lo hizo unos segundos más tarde.

Los dos coches se detuvieron simultáneamente en el semáforo siguiente. Entonces, vio que Panney metía la mano en el interior de su chaqueta, como si tocara algo.

Por un momento, llegó a temer que sacara una pistola, pero no ocurrió así. Sin embargo, Myrrell estaba persuadido de que Panney intentaría algo en la primera ocasión que se le presentara.

Decidió prepararse para el encuentro, que juzgaba inevitable. Panney no se despegaría de él, hasta conseguir sus propósitos. Tenía el bastón al lado y, con gran discreción, extrajo el estoque.

Mientras rodaba hacia el otro semáforo, bajó el cristal de la ventanilla derecha. Ahora ya tenía el convencimiento pleno de que Panney había tanteado la pistola, para sacarla con facilidad en el momento oportuno.

El próximo semáforo estaba en la intersección de dos calles de ancho trazado. Panney quedó a la derecha, a punto para meterse por la calle transversal.

Los dos automóviles se situaron muy juntos, con menos de un palmo de separación. Entonces, Myrrell empuñó el estoque y se inclinó hacia la derecha, un segundo antes de que el semáforo se pusiera en verde.

Medio palmo de acero penetró en el hombro de Panney. El sujeto, evidentemente, no se esperaba una reacción semejante y soltó la culata del arma al sentirse herido. Myrrell retiró el estoque, pisó el acelerador y salió disparado.

Segundos después, miró por el retrovisor.

Se acordaba muy bien del color del coche de Panney. Era gris verdoso, claro, y ya no estaba a la vista.

—Marty Heckett, gracias —murmuró el joven fervorosamente.

Pero luego se sintió inquieto y pesimista. A fin de cuentas, sólo había ganado un asalto.

Todavía tenía ante sí un duro combate, se dijo.

—¿Has averiguado algo? —preguntó *Light*, al día siguiente, mientras almorzaban juntos.

—Ayer quisieron asesinarme —contestó él, muy atareado en

cortar el filete que le habían servido.

Light dio un salto en su asiento.

—¿Hablas en serio?

—No es cosa de broma —dijo Myrrell—. Si este asunto ha sido organizado por tus parientes, está claro que quieren llevarlo hasta el final, con todas sus consecuencias.

—No son parientes míos, sino de Fitterman —rectificó *Light*.

—Perdona, lo dije sin querer.

—No te preocupes. ¿Cómo sabes que quisieron matarte?

—Vi a Jim Panney. Me seguía y trató de aprovechar la parada en un semáforo para pegarme un tiro.

—Por lo visto, no pudo hacerlo.

—No se lo permití.

—¿Cómo?

Myrrell palmeó el bastón que había dejado en una silla contigua.

—Pude percatarme de sus intenciones y le pinché en un hombro. No fue una herida mortal, por supuesto, pero si le hice daño y, lo mejor de todo, conseguí que perdiera su ritmo.

—Su ritmo —repitió *Light*, asombrada.

—Sí, desde luego. Panney estaba dispuesto a tirar contra mí y se había mentalizado para hacerlo, calculando las para das y buscando el momento más apropiado. Si hubiese estado preparado para recibir mi pinchazo, no te quepa la menor duda, podría haber tirado contra mí. Pero lo que menos se esperaba era que yo le atacase con el estoque. Sintió dolor, se sobresaltó, dejó de pensar en la pistola por un instante y luego, cuando quiso reaccionar, ya era tarde.

—Hay cosas que no acabo de comprender —dijo la muchacha. ¿Tan importante es para algunos conseguir la fortuna de Fitterman?

—¿A cuánto asciende el total? —preguntó Myrrell.

—Es difícil saberlo. Seis, siete millones... tal vez ocho.

—Aunque sólo sean seis. Ahí tienes la respuesta. Vargo mataba solamente por tres mil dólares.

Light movió la cabeza.

—Sí, creo que tienes razón —convino—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Hablar con Melken, en cuanto me sea posible. Pero he estado pensando mucho en el asunto y he llegado a la conclusión de que existe una circunstancia que es plenamente desfavorable para

ambos bandos.

—No entiendo —dijo ella. ¿A qué te refieres?

Myrrell se limpió los labios, tomó un sorbo de vino y luego miró a la muchacha.

—Fitterman fue asesinado —dijo.

—Sí. No existe la menor duda sobre su muerte.

—Te equivocas, *Light*.

—Pero... Stumpy, todo el mundo lo sabe. Le mataron y el asesino se llevó su cadáver para enterrarlo en alguna parte...

—El convencimiento moral de que una persona está muerta no sirve de nada —dijo Myrrell con aire doctoral—. Es preciso encontrar su cadáver e identificarlo de modo que no quede lugar a dudas, para que la muerte de la persona sea declarada de forma legal.

—Entiendo. Sin el cuerpo de Fitterman, no se puede hacer nada...

—Ni Eddie puede heredar ni los otros reclamar la fortuna de su pariente.

—Habría que encontrar el cadáver de Fitterman, pero... ¿dónde está?

—Podríamos preguntárselo al asesino, ¿no te parece?

—Hombre, Stumpy, qué cosas tienes —se enojó la muchacha—. La policía no ha conseguido encontrarlo y quieres que nosotros le preguntemos algo que tiene intrigado a todo el mundo.

—Podemos preguntárselo a Jim Panney. Me da en la nariz que tiene que saber algo de ese asunto.

—¿Ya sabes dónde vive?

—No, aunque espero averiguarlo muy pronto. De todas formas, antes hablaré con Melken.

—¿Cuándo, Stumpy?

Myrrell echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Hoy mismo —respondió.

Lefty Melken llegó en su coche y lo metió en el garaje. Luego de cerrar la puerta, fue a la casa y entonces un hombre se destacó en el porche.

—¿Quién es usted? —preguntó Melken, sorprendido.

—Tendría que estar muerto, pero me anticipé a Jim Panney —

contestó el joven sonriendo—. ¿Le parece bien que sigamos la conversación en el interior?

Melken vaciló un momento.

—No tema —añadió Myrrell—. Sólo quiero conversar con usted un ratito; no he venido con intenciones hostiles. A propósito, nunca nos hemos visto, hasta ahora, pero usted sabe quién soy, ¿no es cierto?

—Myrrell —dijo el otro roncamente.

—Exacto. Bien, ¿entramos?

Melken accedió en silencio. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, pero, estimó el joven, un tanto débil de carácter, no demasiado resuelto y, aunque dispuesto a conseguir sus propósitos, dejaría que otros diesen la cara por él.

Melken llevaba consigo una cartera de mano y la tiró encima de un diván. Luego fue a una barra y se sirvió una generosa dosis de *whisky*. Myrrell percibió el tintineo de la botella al chocar contra el vaso. «Tiene miedo», pensó en el acto.

—Bien, ¿qué quiere de mí? —preguntó Melken, después de un par de buenos tragos.

—Ha bebido porque lo necesita. Está muerto de miedo —acusó el joven—. ¿A qué teme usted, Lefty?

—Se equivoca. No temo a nadie...

—Miente —cortó Myrrell, implacable—. He estado con Hancock. Le hice hablar. Usted se puso en contacto con él, para que le hiciese algunos trabajos nada honestos. ¿Qué es lo que se propone? ¿Por qué hace eso, Lefty?

Hubo un momento de silencio. Melken estaba terriblemente nervioso.

Volvió a servirse licor y bebió un largo trago.

—Si usted supiese la verdad, se asombraría —dijo al cabo.

—¿Por qué no quiere que me asombre? —sonrió Myrrell—. ¿Teme, acaso, por mi salud mental?

—No, no es eso... Maldita sea —gritó el otro repentinamente—. Nunca debí haberme mezclado en este condenado asunto...

—¿De qué asunto habla? —preguntó el joven, extrañado.

—Del asesinato de Fitterman, naturalmente.

—Ya me suponía yo que usted tenía algo que ver con el caso. Bueno, suéltelo de una vez. Soy abogado y si me lo cuenta todo, le

prometo ayudarle en los tribunales. Una confesión a tiempo puede librarle de más problemas de los que se imagina.

—Está bien —rezongó Melken—. A fin de cuentas, no voy a obtener nada salvo dolores de cabeza... ¿Sabía usted que Fitterman asesinó a su esposa?

Myrrell se quedó con la boca abierta.

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó.

—Sí. La muerte de Mildred se achacó a una caída. Pero Fitterman la empujó, cuando discutían en lo alto de la escalera. Fue un empujón deliberado y ella se desnucó.

De repente, Myrrell se dio cuenta de que no sabía aún la forma en que había muerto la madre de Eddie.

—¿Cómo sabe que Fitterman mató a su esposa? —inquirió.

—Porque yo lo vi. Y no fui el único, créame. Pero toda vía sé más cosas. Por ejemplo, puedo decirle...

Un rictus de dolor apareció de pronto en el rostro de Melken.

Asombrado, Myrrell vio una mancha roja en su pecho. Antes de que pudiera preguntarse qué sucedía, oyó un débil chasquido.

La cabeza de Melken osciló violentamente a causa del segundo impacto. Luego, el sujeto empezó a caer, fulminado por el proyectil que le había entrado en la frente, por encima del ojo derecho.

Myrrell se tiró al suelo por precaución, aunque ya no hubo más disparos. Segundos después, oyó el ruido de un coche que arrancaba a toda velocidad y supo que en él escapaba el asesino.

CAPÍTULO IX

—Tú nunca me dijiste que Mildred había sido asesinada —le reprochó Myrrell a *Light*, al día siguiente.

—¿Asesinada? ¡Por Dios, fue una infortunada caída por la escalera de su casa! —exclamó la muchacha.

Myrrell hizo un gesto negativo.

—Melken me dijo que Fitterman la asesinó, en el transcurso de una discusión. La empujó, ella cayó rodando por la escalera y se rompió el cuello.

—Siempre creímos que había sido una caída infortunada —murmuró *Light*—. Fitterman lo declaró así y no había por qué dudar de su palabra. Fitterman amaba a su esposa...

—Por lo visto, eran unos sentimientos que sólo se manifestaban externamente —dijo Myrrell con ironía—. Sobre la discusión, no caben dudas; hay testigos. Uno de ellos era Melken y quizá murió por esa causa y también porque sabía más cosas.

—¿Qué más cosas podía saber. Stumpy?

—No tuvo tiempo de decírmelo. El asesino actuó en el momento menos oportuno.

Light hizo un gesto de desaliento.

—Nunca se me habría ocurrido pensar en un asesinato —dijo—. Tal vez Fitterman —apuntó— murió por venganza.

—Venganza, ¿de quién, *Light*?

—No lo sé...

La muchacha vaciló. Myrrell no dejó de notar lo.

—Está bien, habla de una vez. Tú sabes algo más de lo que me has dado a entender. ¿Por qué no lo sueltas?

—Fitterman era muy celoso. Mildred tenía un amante. Pienso que fue una aventura sin demasiada importancia. Debía de ser un hombre muy guapo, sumamente atractivo. Yo vi algo en ella que me hizo suponer ese pequeño lío y hablé con Mildred sobre el

particular, pero lo único que conseguí fue saber que era un hombre de enorme atractivo y que sólo se trataba de una nube de verano.

—Por lo visto, no debió de ocurrir como dices. Si se hubiera tratado de una aventura pasajera, Fitterman tal vez no habría tenido tiempo de enterarse. Un encuentro de unas pocas horas puede ocultarse fácilmente. Pero si las entrevistas se repiten, el marido, a poca imaginación que tenga, empezará a sospechar y si es un tipo como Fitterman, con dinero, empleará a detectives que sigan a su esposa, hasta saber la verdad.

—Entonces, Fitterman se enteró así de la infidelidad de Mildred.

—Sí, seguro.

—Ella no me dijo nunca el nombre de su amante. Yo la rogué que rompiera sus relaciones con aquel sujeto. Debía pensar sobre todo en Eddie y Mildred me prometió acabar con el lío. Pero entonces fue cuando Fitterman debió de enterarse y... ¿Dices que hubo testigos del crimen?

—Sí, Melken y otro, por lo menos, aunque no tuve tiempo de oír su nombre.

—Debía de ser alguno de sus parientes, pero ¡tenía tantos!

De repente, Myrrell concibió una idea.

—Quizá lo averigüe hoy mismo —exclamó.

—¿Cómo? —quiso saber la muchacha.

El joven sonrió, a la vez que llamaba al camarero.

—Algún día, supongo, me invitarás a comer en tu casa —dijo.

—Siempre que gustes —contestó *Light*—. Pero aún no has contestado a mi pregunta, Stumpy.

—¿A qué hora cenáis en tu casa, *Light*?

—Oh, las siete y media, más o menos.

—A esa hora tendrás la respuesta —aseguró él.

Nora abrió la puerta y sonrió al reconocer a su visitante.

—Oh, es usted, señor Walter —exclamó.

—Tendrá que disculparme, Nora. El otro día la mentí desvergonzadamente.

—No entiendo —dijo la mujer, desconcertada.

—No me llamo Walter. Soy Jess Myrrell. Quizá ha oído hablar de mí.

Nora dejó de sonreír en el acto.

—Sí, algo me han contado —admitió—. Pero ¿por qué recurrió a ese engaño, Jess?

—Si me permite entrar, se lo explicaré con toda claridad. Perdone la pregunta, pero ¿ya sabe lo que le pasó a su primo Lefty?

—Sólo éramos parientes en tercer grado. No nos tratábamos demasiado, ésta es la verdad —contestó Nora, una vez en el interior de la casa—. ¿Qué le sirvo para beber, Jess?

—¿Hay café?

—Desde luego.

Nora fue hacia el interior de la casa, taconeando vivamente, con grandes movimientos de sus rotundas caderas. Cuando volvió, se inclinó exageradamente para servir el café a su visitante. El escote era muy pronunciado y Myrrell se dio cuenta de que ella quería hacer ostentación de sus innegables encantos físicos. Continuó haciéndolo, al sentarse frente al joven, cruzando las piernas, de modo que la falda quedó más arriba de las rodillas, así podía enseñar las ligas que sujetaban las medias de color negro.

—Y bien, Jess, ¿por qué me engañó el otro día? —preguntó, sonriendo.

«A esta tía le importa un pepino la muerte de su pariente», pensó el joven.

—Quería seducirla —contestó sin más preámbulos.

—¿Cómo?

—Seducirla, conquistarla... Así podría conseguir ciertas respuestas a determinadas preguntas.

—¿Qué preguntas? —quiso saber ella, con los ojos entornados.

—¿Quién mató a Fitterman?

—No lo sé, no lo sabe nadie.

—¿Tenía enemigos?

—Es de suponer. Ocupaba una posición muy privilegiada, lo que supone dinero, y eso siempre acarrea envidiosos, resentidos y demás.

—¿Lo era usted, Nora?

—¿Qué era yo, Jess?

—Con respecto a Fitterman. Envidiosa, resentida... o lo demás.

—No. —Nora hizo una mueca—. Ni me ocupaba de él ni sentía resentimiento ni envidia. Hombre, no le diré que me habrían venido bien algunos de los billetes que le sobraban, y si me toca algo de la

herencia, me alegraré, como es lógico, pero de ahí a pensar que yo haya tenido que ver con su muerte... Además, tenía un hijo. Eddie será el que herede todo.

—¿Seguro, Nora?

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso?

—Fitterman y Mildred se casaron con nombres supuestos. No hay constancia alguna de que Eddie sea hijo realmente de ellos.

—No lo sabía y no lo entiendo —confesó la mujer—. Pero creo que no será difícil demostrar los derechos del niño.

—Quizá no resulte tan fácil como piensa —dijo Myrrell—. Nora, ¿sabía usted que la muerte de Mildred no fue accidental?

—¿Qué está diciendo? —se sorprendió ella—. Mildred se cayó por la escalera...

—Fitterman la empujó, ella rodó y se rompió el cuello.

Hubo un momento de silencio. Luego, Nora, lentamente, murmuró:

—No lo sabía. Sinceramente, lo ignoraba. Jim no me lo dijo nunca.

—¿Jim? ¿Quién es ese individuo?

—Otro de los parientes de Fitterman, primo suyo también, hijo de una hermana. El apellido es Panney.

Myrrell tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar el asombro que le producía aquella respuesta.

—Sigue —pidió.

—Panney estuvo presente aquel día y declaró que la caída había sido accidental —contestó Nora.

—¿Y Lefty?

—También estaba allí y asimismo dijo que se había tratado de un accidente. Después de aquello, he hablado en varias ocasiones con los dos, pero nunca rectificaron su primera declaración. Jamás se me ocurrió dudar de su palabra, créame. De todas formas, aún me sigue pareciendo algo disparatado...

—Me lo dijo el propio Melken, segundos antes de morir. Estaba muy nervioso. No sé por qué, pero es indudable que temía algo.

—Muy bien, supongamos que sea cierto. ¿Por qué tenía que matar Fitterman a Mildred?

—Quizá no hubo realmente intención de matar. Cuando se

empuja a una persona que está en lo alto de la escalera, para que ruede abajo, no se puede estar seguro de que morirá, no es lo mismo que dispararle un tiro o pegarle una cuchillada. Pero el hecho cierto es que, a veces, los que se caen por una escalera, mueren, y eso es lo que le pasó a Mildred. En tal caso, Fitterman podría haberse visto acusado de homicidio, lo que le habría supuesto verse embarcado en un buen lío. Tal vez sobornó a los dos testigos para que declarasen que había sido un accidente. Pero después, si cambiaron de opinión...

—Creo que entiendo. De todas formas, en tu razonamiento hay un fallo.

—A ver, dímelo —sonrió Myrrell.

—Suponiendo que Lefty y Jim hubieran cambiado de opinión, podrían hacer chantaje a Fitterman y éste, quizá, querría deshacerse de ellos. Pero no puede hacerlo, porque está muerto.

—Eso es algo que hay que demostrar, Nora.

—¿Cómo?

—No se ha encontrado el cadáver de Fitterman... y era un personaje de notorio relieve y la policía se ha esforzado más de lo corriente. Se da por sentado que fue asesinado, pero no se ha probado su muerte de forma concluyente. Falta el corpus delicti, en suma, o restos suficientes para identificar a la víctima más allá de toda duda razonable.

—Es decir, suponiendo que yo fuese la heredera de Fitterman, aún no podría percibir un centavo de su fortuna.

—Exacto, y ése es también el caso del chico. Fitterman está muerto, todos lo sabemos, pero es preciso probarlo de forma legal.

—Entiendo. Bueno, yo no puedo hacer nada más por ti —sonrió Nora.

—Salvo una cosa —dijo él.

—¿Sí, Jess?

—¿Dónde vive Jim?

Nora hizo un gesto de desaliento.

—Hace mucho tiempo que no tengo contacto con él —respondió—. Tenía su dirección y su teléfono, pero la última vez que quise verle, me dijeron que se había cambiado de domicilio y se había marchado, sin dejar señas.

—Está bien, ya lo buscaré. Otra cosa, y no me digas que lo

ignorabas: ¿Quién era el amante de Mildred?

Nora emitió una gruesa interjección, que al joven le pareció de desprecio y de rabia.

—Jim —contestó ella al fin, de mala gana.

Myrrell ocultó una sonrisa. Nora era una mujer atractiva, pero ya andaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Mildred tenía, en el momento de su muerte, diez menos que ella. Resultaba lógico que el amante de Mildred hubiera desviado sus atenciones hacia otra mujer mucho más guapa y joven.

—Gracias —dijo, a la vez que se levantaba.

Nora se puso vivamente en pie.

—¿Te marchas?

—Sí, tengo mucho trabajo.

—Hombre, ya se acaba el día... ¿Qué prisa tienes? —dijo ella, insinuante.

Myrrell esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Mi trabajo no se ajusta nunca a un horario determinado —respondió.

CAPÍTULO X

—Mis padres han salido a una fiesta. Un compromiso que no podían eludir —dijo *Light*—. Les habría gustado conocerte, créeme.

—Lo siento —sonrió él—. Otro día será, no te preocupes.

Myrrell fue lo suficientemente discreto como para no manifestar admiración por la lujosa residencia de los Lamb. Un atildado mayordomo vigiló a las sirvientas que se ocuparon de la cena, durante la cual charlaron de temas indiferentes. Después, pasaron al saloncito a tomar café y licores y entonces fue cuando Myrrell relató a la muchacha su entrevista con Nora Bambrough.

Light se quedó muy pensativa al oír aquellas frases. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Mi padre nunca habla de negocios en casa, pero en cierta ocasión le escuché mencionar algo sobre Fitterman. Parece ser que Fitterman se había mezclado en un asunto poco limpio y que le costó mucho no verse envuelto en un buen lío, pero eso es todo lo que sé, por el momento.

—A mí se me está ocurriendo una idea —manifestó el joven—. ¿Era realmente Fitterman el hombre acaudalado que todos suponían?

—¿Por qué dices eso, Stumpy? —se extrañó *Light*.

—No lo sé: quizá es un presentimiento... Una corazonada... Pero un hombre con mucho dinero y con enemigos, ¿por qué no tenía guardaespaldas?

—Eso es algo a lo que no te puedo contestar —dijo la muchacha.

En aquel momento, tocaron a la puerta. *Light* dio permiso y el mayordomo entró un par de pasos.

—Disculpe, señorita. Lllaman por teléfono al señor Myrrell.

Light miró al joven.

—Si —confirmó éste—; di tu teléfono a cierta persona, para que

me llamase, si tenía algo importante que comunicarme.

—Está bien, Wilson, pase aquí la comunicación, por favor —pidió *Light*.

—Sí, señorita.

Myrrell fue al teléfono que había sobre una mesita y lo levantó.

—¿Hassie?

—La misma. Oye, tengo una noticia sensacional para ti.

—¿Has encontrado a Panney?

—No. Escucha, hace algún tiempo, hubo en la ciudad una banda de extorsionistas, que causaron verdaderos estragos. Adivina quién era el jefe.

—No tengo la menor idea. Jamás he tratado con esa clase de gente, Hassie.

—Fitterman.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Sí, me lo ha dicho quien formó parte de la banda, pero que la dejó a tiempo, porque no le gustaban algunas de las cosas que hacían. Es más, puedo darte el nombre de, por lo menos, un par de personas que quedaron permanentemente lisiadas, por no someterse a los caprichos de Fitterman en asuntos monetarios; y también te diría varios nombres de tipos que desaparecieron misteriosamente y de los cuales no se ha vuelto a saber jamás. Mi informador me ha dado pruebas concluyentes de lo que te estoy diciendo, no hay dudas sobre el particular.

—Entonces, debemos deducir que Fitterman fue asesinado por alguien que quería ocupar su puesto en la banda —dijo Myrrell.

—Es muy posible —admitió Hassie.

—¿Se te ocurre algún nombre?

—El único, tal vez, Panney. Pero sigo sin saber dónde se ha metido.

—Ahora estará curándose la herida del brazo. Le pinché cuando quería matarme.

—¡Jesús! —se espantó la pelirroja—. ¿Es eso cierto?

—Auténtico —confirmó él—. Pero ya te daré más detalles en otro momento. Gracias, Hassie.

Myrrell dejó el teléfono en la horquilla y se volvió hacia su anfitriona.

—Me han dicho cosas muy interesantes —sonrió.

—Sobre Fitterman, supongo.

—Sí, desde luego. Oye, tú tienes una llave de su casa. Ibas y venías con cierta facilidad, creo.

—Es cierto. ¿Acaso piensas ir...?

—¿Te importaría acompañarme? Quiero echar un vistazo al lugar del crimen. De los dos crímenes, mejor dicho, porque tú prima murió también violentamente.

Light meneó la cabeza.

—Yo quería muchísimo a Mildred, pero, ahora te lo confieso, algunas cosas tuyas no me gustaban —murmuró.

—Entonces, no te extraña que tuviese un amante.

Ella prefirió no contestar.

—¿Cuándo vamos? —preguntó.

—Ahora mismo, si no tienes inconveniente.

—Ninguno. Deja que me retoque un poco el peinado; estaré lista antes de diez minutos, Stumpy.

La casa estaba a oscuras y en silencio, pero las luces funcionaban perfectamente. Era un edificio construido en el siglo pasado y conservado perfectamente. Los techos eran exageradamente altos, lo cual implicaba una escalera de numerosos peldaños para llegar al primer piso.

Myrrell contempló la escalera en silencio. Pero allí había caído Mildred, después del empujón de su esposo, matándose instantáneamente. ¿Había existido el chantaje de los dos testigos?

Si era así, ¿por qué tenía que haber muerto Melken? ¿Por qué seguía vivo Panney, precisamente el amante de Mildred y el motivo de su muerte?

—Vamos al despacho —propuso tras un largo espacio de silencio.

Light le condujo hasta la pieza mencionada. Todo estaba en orden nuevamente. *Light* le dijo que ella en persona se había ocupado de reparar los desperfectos, una vez que la policía dio permiso para abrir la casa nuevamente.

—Cuando se pruebe la muerte de Fitterman, será de Eddie —dijo.

—Entonces, podremos pedir una orden judicial, para investigar sus cuentas. Todos los bancos donde pueda tener una cuenta secreta

o una caja alquilada deberán comunicarlo y poner el dinero a disposición del juez, así como todos los objetos depositados en la caja de alquiler, si es que realizó tal operación.

Pero mientras no haya una decisión legal, que declare a Fitterman definitivamente muerto, Eddie no podrá percibir un céntimo, y ello suponiendo que podamos demostrar que es hijo de Fitterman y de Mildred.

—Va a ser difícil, en efecto —suspiró ella—. ¿Quieres ver algo más?

—Me gustaría echar un vistazo al resto de la casa, *Light*.

—Sí, desde luego.

Durante un buen rato, Myrrell husmeó por todas partes, buscando, incluso, en el reverso de los cuadros que había en las paredes.

—¿Qué buscas? —preguntó ella, intrigada.

—Unos documentos... Algo, en fin, que Fitterman, receloso, pudiera haber escondido... No sé, algo comprometedor, quizá, pero que podría aclararnos muchas cosas...

—No creo que encuentres nada —dudó *Light*—. Pero, en fin, si lo crees necesario, adelante, Stumpy.

Minutos después, llegaban al dormitorio, una vasta pieza, de decorado pasado de moda, pero indudablemente lujoso. Al cabo de unos segundos, Myrrell se fijó en los paneles de madera oscura y brillante que formaban una de las paredes.

—Eso parece un armario ropero —dijo.

—Lo es —confirmó ella.

El ropero ocupaba todo el largo de la pared. Myrrell descorrió las puertas, una a una. Todas las prendas de vestir de Fitterman aparecían en perfecto orden.

—No había nada desarreglado cuando yo revisé la casa, después de su muerte —declaró la muchacha.

Myrrell asintió y descorrió otra puerta. En aquel departa mentó había solamente prendas de invierno.

Dos de los colgadores aparecían vacíos. Myrrell frunció el ceño.

—Parece como si faltasen dos abrigos o chaquetones —dijo.

—Estarán por otra parte —supuso *Light*.

—No parece lógico. Estamos en el buen tiempo; las prendas de abrigo deberían hallarse guardadas aquí.

—Quizá las envió a la lavandería...

—¿En medio del mes de junio? Eso se hace a la primavera, cuando se sacan las ropas ligeras y se guardan las de invierno.

—No lo sé, Stumpy; nunca me ocupé de la indumentaria de Fitterman —contestó ella, algo amoscada—. Si se tratase de la ropa de Eddie, podría darte más detalles, pero, comprenderás que no iba a preocuparme de la vestimenta de Fitterman.

—Está bien, no quise enojarte —se disculpó él, a la vez que cerraba el ropero—. *Light*, ¿recuerdas que hubo un testigo que vio al asesino arrastrar el cadáver de Fitterman?

—Sí, una tal señora Sriver. Vive en la vecindad...

—La muerte de Fitterman ocurrió después de las doce de la noche. ¿Qué hacía esa mujer levantada a una hora tan avanzada? Además, la casa más próxima está a cien metros, por lo menos, y a esa distancia, no se pueden ver demasiados detalles. La señora Sriver facilitó muchos datos a la policía, si no recuerdo mal.

—Estás pensando en ir a hablar con ella —adivinó *Light*.

—¿Te parecería mal?

—Al contrario; conviene averiguar la mayor cantidad de detalles posibles.

Con la mano izquierda, Myrrell se apoderó del brazo de la muchacha.

—Celebro tu forma de pensar —dijo—. Esto que acabo de hacer, ¿te resulta ofensivo?

—Al contrario —rió ella—. Me gusta muchísimo, Stumpy.

La mujer se mostró recelosa en un principio y tardó un poco en abrir.

—Los tiempos que corren no son buenos —dijo Martha Sriver más tarde, cuando, al fin, se hubo convencido de la bondad de las intenciones de sus visitantes—. ¿Les apetecería una copita de aguardiente de cerezas? Lo hago yo misma, según la fórmula de mi bisabuela...

Myrrell titubeó. *Light* sonrió.

—Aceptamos agradecidos, señora Sriver —contestó.

Martha fue a un aparador construido al menos cien años antes y sacó una botella y dos copas minúsculas, en las que puso un poco de licor. El aguardiente era fortísimo, pero tenía un sabor realmente

exquisito.

—Muy bueno —elogió el joven.

—Delicioso —dijo *Light*, que casi se había quedado sin respiración.

Martha hizo un gesto con la cabeza.

—Es una de las pocas satisfacciones que ya le quedan a una en este mundo. Mi marido, que en gloria esté, murió hace un par de años y yo me quedé sola. Me gustaría tener un perro, pero mis años ya son muchos y no lo pasaría bien si muriese antes que él. Pero, supongo, a ustedes no les interesan mis problemas personales. Antes dijeron que querían hablar ustedes sobre el asesinato de Fitterman. ¿Qué les ocurre, muchachos? —Ella es prima de la difunta señora Fitterman— indicó Myrrell. —Yo soy su abogado y estamos investigando ciertos aspectos de la herencia a la que tiene derecho el hijo.

—Ah, ya entiendo. Bien, si les puedo servir en algo...

—Señora Spiver, usted declaró a la policía que había visto al asesino arrastrando el cuerpo de su víctima —recordó el joven—. Su casa está a casi doscientos metros de la de Fitterman. ¿Cómo se explica ese aparente contrasentido, puesto que el crimen sucedió durante la noche y desde aquí no se ve siquiera el jardín de la residencia de Fitterman?

—La explicación es bien sencilla —sonrió Martha, a la vez que se atusaba con coquetería sus bien peinados cabellos blancos—. Padezco algo de insomnio y todas las noches, antes de acostarme, salía a pasear. Naturalmente, iba por los lugares más oscuros, a fin de no ser vista: las calles de la ciudad, por la noche, son muy peligrosas. Y no vayan a creer que soy una chismosa y que me gusta enterarme de lo que pasa en las casas de la vecindad. Realmente, doy esos paseos por consejo médico, aunque ahora, después de lo sucedido, me he visto obligada a suprimirlos.

—Entonces, estaba fuera de su casa la noche del crimen —terció *Light*.

—Sí, en efecto. Normalmente, paseo hasta la una de la madrugada. Me hace mucho bien; luego puedo dormir hasta las ocho o las nueve de la mañana sin problemas.

—Esto es estupendo —dijo Myrrell—. Señora Spiver, ¿puede contarnos exactamente lo que vio y oyó aquella noche?

—Sí, desde luego —respondió la anciana—. Yo estaba paseando, como es mi costumbre, y cuando me hallaba cerca de la residencia de Fitterman, escuché gritos y ruidos. Era como si dos hombres se pelearan salvajemente, lo que me asustó bastante. Estaba cerca de un seto y me agaché detrás. A los pocos momentos, vi salir a un hombre que arrastraba el cuerpo de otro. Se marchó hacia la parte posterior del jardín y metió a la víctima en el maletero del coche. Luego se alejó rápidamente... apenas medio minuto antes de que llegase la policía. Eso es todo.

—¿Vio usted al asesino?

—No, claramente, no. No pude verle la cara; estaba muy oscuro. Sin embargo, pude darme cuenta de que era un tipo muy grueso, corpulento. Los ropajes eran de color oscuro; si hubiesen sido claros, habrían destacado en la oscuridad, lógicamente.

—Es usted muy observadora —dijo el joven sonriendo.

—Bueno, el asesino pasó a menos de veinte metros de distancia. No podía verle la cara, insisto, pero si su figura...

—Si no recuerdo mal, usted declaró a la policía que era un tipo alto y corpulento —intervino *Light*.

—Perdón, yo sólo dije corpulento. No sé quién pudo inventarse que era un hombre alto —dijo Martha.

—La idea de corpulencia va unida generalmente a la de buena estatura —manifestó Myrrell pensativamente—. Y no es así, pero cuando a uno le dicen que tal sujeto es muy corpulento, piensa inmediatamente que mide al menos un metro y ochenta centímetros. Pero se puede ser corpulento, sin pasar del metro y medio de estatura.

—Sí, tenemos ciertas ideas fijas en la mente y nos cuesta desprendernos de ellas —admitió la muchacha—. De modo que el asesino era corpulento, pero no alto.

—En modo alguno —aseguró Martha enfáticamente.

—Fitterman era un hombre bajito, señora.

—Pero delgado como un palillo de dientes. Si hubiera sido él, yo lo habría reconocido inmediatamente, aunque no le hubiese visto la cara.

—Creo que eso es todo —dijo Myrrell—. Señora Spiver, no sabe qué agradecidos nos sentimos. Espero que sepa perdonarnos las molestias que le hemos causado.

—Al contrario, queridos, ha sido un placer —sonrió Martha—. Ustedes me han proporcionado un momento de grata satisfacción. No saben lo que he disfrutado viendo a una pareja tan estupenda como la que hacen ustedes. Yo también fui joven y no fea del todo... pero en mi época, claro, una señorita no salía con un hombre después de las diez de la noche.

—Eran otros tiempos, señora —dijo *Light*—, aunque para usted, a pesar de todo, debieron de ser los mejores de su existencia.

—Sí, eso es muy cierto. Buena suerte a los dos, muchachos.

Myrrell y *Light* abandonaron la casa y se acercaron al coche que el joven había dejado a cierta distancia. Cuando iban a entrar, Myrrell se volvió hacia la muchacha.

—*Light*, dime, ¿sabes si Fitterman tenía algún lugar donde pasar los fines de semana? —preguntó bruscamente.

—La policía ya estuvo allí y no encontró nada.

—Lo sé, pero es que yo no voy a buscar rastros del asesino de Fitterman, sino, tal vez, documentos sobre el matrimonio y el niño.

—¿Crees que podrías encontrar algo?

—Al menos, deberíamos intentarlo, *Light*.

—Muy bien, sí, sé dónde está esa residencia, pero la distancia es notable y no creo que fuese conveniente hacer el viaje esta noche.

—¿A qué hora paso a buscarte, mañana por la mañana?

—Estaré lista a las nueve, a menos que prefieras salir antes.

Myrrell abrió la portezuela del coche para que la muchacha pudiera acceder al interior.

—A las nueve en punto me tendrás en la puerta de tu casa —afirmó.

CAPÍTULO XI

El coche se detuvo bruscamente ante la fachada de la casa, situada en un lugar muy abrupto, desde el que se divisaba un paisaje impresionante. Pero a los tres individuos que viajaban en el automóvil no parecía importarles demasiado la belleza del panorama.

Jim Panney fue el primero en apearse, maldiciendo entre dientes de la herida del hombro, que todavía le molestaba lo suficiente para inutilizarle el brazo casi por completo. Hart Byce llevaba el suyo en cabestrillo, debido a la estocada que Myrrell le había propinado noches atrás.

El único ileso del trío era Longy Rudolph, que era quien había conducido el coche hasta allí. Panney, a pesar de todo, no tenía dificultades en caminar y penetró en la casa con paso firme.

Había en la cocina un hombre, aparentemente ocupado en prepararse el almuerzo. Panney llegó a la puerta y le miró fijamente.

—Esto se ha acabado ya —dijo—. El asunto está a punto de explotar. Tenemos que largarnos, Hoyt.

El otro se echó a reír.

—Te irás tú, no yo —contestó—. ¿Olvidas que estoy oficialmente muerto?

—Hoyt, en alguna parte tienes escondido medio millón de dólares. Vamos a hacer el reparto y luego nos marcharemos cada uno adonde le guste. Pero no nos iremos de aquí sin nuestra parte de ese dinero. La mitad para nosotros tres, ya ves que no somos demasiado exigentes.

Fitterman hizo un gesto negativo.

—Olvídalo. Ese dinero es mío. A ti ya te he dado bastante para tus caprichos, para tus estupideces, para que, al fin, no consiguieras nada y permitieras que ese abogado renqueante nos estropeará el

mejor plan de mi vida. Si te quieres largar del país, eso es cosa tuya y de los dos idiotas que te acompañan.

—Hoyt, por última vez...

—Ya he hablado —cortó Fitterman heladamente—. Eso es todo, Jim.

—Hoyt, no me obligues a hacer algo que no me gustaría. En medio de todo, te tengo mucho aprecio. Recuerda, podía haberte denunciado a la policía cuando asesinaste a Mildred y no lo hice.

—Te pagué en buenos billetes de banco, lo mismo que al imbécil de Melken, así que no te debo nada. ¿Quieres marcharte de una vez? Las truchas que pesqué esta mañana se me van a quemar...

—Tú sí te vas a quemar... ¡En el infierno! —aulló Panney salvajemente, a la vez que sacaba una pistola.

Fitterman manejaba la sartén con la mano izquierda. La derecha estaba bajo el delantal de cocina que llevaba puesto y, cuando vio el gesto del otro, sacó la pistola que tenía allí escondida.

Disparó una fracción de segundo antes que Panney, pero no pudo evitar el balazo que éste le había dirigido y cayó de espaldas. Panney, por su parte, se quedó sentado en el suelo, agarrándose la pierna derecha con ambas manos. La herida le causaba un dolor insufrible.

Byce y Rudolph entraron inmediatamente, al oír los disparos, y se encontraron con aquel sangriento cuadro.

—¡Jim! ¿Qué ha pasado? —gritó el primero.

—Ese cerdo me ha dado de lleno en la pierna... —se quejó Panney, con el rostro contorsionado por el dolor—. Menos mal que me lo he cargado...

Rudolph se arrodilló y examinó la herida.

—Jefe, tendría que verle un médico —dijo.

—No puedo ir a un hospital. Me arrestarían inmediatamente.

—Eh —exclamó Byce de repente—. Aquí cerca, a menos de dos kilómetros, hay un matasanos que suele venir todos los fines de semana. Tendrá en su casa algún maletín con elementos de primera ayuda... y hoy es sábado precisamente. ¿No recuerda aquella vez que pinchamos y se ofreció para traernos una rueda de repuesto, porque la nuestra estaba deshinchada?

Panney hizo una mueca de dolor.

—Sí, vamos allí...

—Quizá, cuando vea que es una herida de bala, llame a la policía —apuntó Rudolph.

—Yo le convenceré de que guarde silencio —dijo Byce truculentamente—. Vamos, Longy, carga con el jefe; ya sabes que mi hombro está resentido...

—Por cierto —preguntó Rudolph—, ¿qué hay del dinero? ¿No le ha dicho dónde lo tiene escondido?

—No, pero ya vendremos luego a buscarlo... Vamos, pronto, no puedo aguantar más —exclamó Panney.

El trío se marchó a poco. Un par de minutos más tarde. Fitterman se sentó en el suelo, frotándose el pecho, a la vez que sonreía con aire satisfecho.

—Imbéciles —dijo—. Creyeron que me habían matado.

El lugar del impacto le dolía bastante, pero estimó que era un dolor lógico, debido al choque de la bala con el chaleco blindado que llevaba a prevención. La cocina olía a quemado y maldijo al ver ennegrecidas las truchas con las que pensaba disfrutar tanto.

Apagó el fuego. Sí, Panney tenía razón; las cosas se habían puesto feas y era preciso alzar el vuelo. Pero, natural mente, no con los bolsillos vacíos.

Un coche se detuvo ante la casa, justo cuando Fitterman salía, con un maletín en la mano. *Light* lanzó un grito al verle.

—¡Hoyt!

Fitterman lanzó una obscena maldición.

—Maldita entrometida...

Myrrell se apeó por el otro lado del coche.

—Al fin hemos dado con usted —dijo.

—Es el abogado, ¿verdad? —adivinó Fitterman.

—Sí, Jess Myrrell —se presentó el joven.

—Estoy enterado de sus andanzas, muchacho. No sé por qué Panney no acabó con usted desde un principio.

—Seguramente, porque estaba mucho más ocupado en asesinar a otros —respondió Myrrell sin inmutarse—. Esos otros sabían cosas que a usted podían perjudicarle enormemente —añadió.

Fitterman hizo un gesto de pesar.

—Es cierto —admitió—. Si no hubiese sido por aquel acceso de cólera, yo... Bueno, me tenían agarrado por el pescuezo, como suele

decirse.

—Pero Panney, al fin, se alió con usted.

—Por dinero. Sabía que obtendría más poniéndose a mi lado que enfrentándose conmigo. Podía denunciarme a la policía, es cierto, pero entonces no habría obtenido un centavo.

—Melken, por lo visto, pensaba de otra forma.

—No hubo manera de convencerle —respondió Fitterman escuetamente.

—Hyams y Rose Lou murieron asesinados. ¿Por qué?

—Fueron los testigos de su boda con Mildred. ¿No quería que declarasen que la ceremonia se había celebrado con seudónimos? —preguntó *Light*.

—No era eso. También sabían que yo maté a Mildred.

—Y querían hacerle chantaje —adivinó Myrrell.

—Sí —suspiró Fitterman—. No tuve otro remedio, créame.

—Pero... hay algo que no entiendo —manifestó *Light*—. ¿Por qué tuvieron que casarse usted y Mildred con otros nombres?

—La boda habría tenido resonancia. Ella era todavía menor de edad. Su padre podría haberlo impedido. En realidad, no quería que Mildred se casara conmigo.

—¿Ni siquiera sabiendo que ella había tenido un niño?

—Ni siquiera eso le convenció. Sin embargo, tiempo después, celebramos una segunda ceremonia, esta vez con nuestros nombres; Eddie es realmente hijo de los dos... aunque no me gustaría que un día llegara a enterarse de que maté a su madre.

—Por celos, claro —dijo *Light*.

Fitterman bajó la cabeza.

—Parecía una chica tan dulce, tan cariñosa... pero, en realidad, resultó una perdida. Se acostaba con el primero que se lo pedía, a veces se pasaba días enteros fuera de casa...

—Un día se hartó, discutieron y la arrojó escaleras abajo.

—Pero no tenía intención de matarla. Ella se rió de mí desvergonzadamente y yo perdí la cabeza. Lo siento, pero las cosas ocurrieron así... ¿Cómo diablos ha sabido que yo estaba vivo, abogado?

—¿Qué es lo que metió usted en el maletero del coche? —preguntó Myrrell—. ¿Un maniquí?

—Sí, exactamente. Yo sabía que la chismosa Martha Spiver se

paseaba todas las noches cerca de mi casa y quise que ella viera algo... pero no creo que pudiera identificarme; estaba muy oscuro...

—La señora Spiver declaró que el asesino era un hombre muy corpulento. Usted se puso dos abrigos, uno encima de otro, y así engrosó enormemente su figura. Los dos abrigos faltan en el ropero —declaró el joven.

—Y un par de *pullovers*, también —rió Fitterman.

—Rompió unos cuantos muebles, unos vidrios, se hizo unos cortes pequeños, para que hubiese manchas de sangre, que pudieran identificarse como suyas en los análisis de laboratorio, y así todo el mundo creyó en un crimen que no se había cometido. Pero no se escondió aquí, en un principio.

—Naturalmente. Sabía que la policía vendría a investigar muy pronto. Pero luego, cuando me dieron por muerto, volví aquí... Había estado unos días viviendo en una cueva cercana, en un sitio que sólo yo conozco.

—Panney, supongo, venía a informarle con frecuencia. ¿Por qué simuló su muerte?

Fitterman suspiró.

—Los asuntos se ponían cada vez peor. No sé si es que yo me había ablandado o tal vez la muerte de Mildred me hizo perder el gusto por la vida. Decidí que ya no podía seguir en estas condiciones.

—Sin duda, tiene algún dinero ahorrado y piensa abandonar el país —opinó el joven.

—Sí, justamente. Eso es lo que haré...

Fitterman se interrumpió bruscamente. Un hilo de sangre brotó de su boca y resbaló por el mentón. Sus rodillas empezaron a doblarse.

Light lanzó un grito al verle rodar por el suelo. Myrrell se precipitó en su ayuda y le abrió la camisa, frunciendo el ceño al ver el extraño chaleco que llevaba debajo.

En el centro del chaleco se vela un orificio de color rojo.

—*Light*, tenemos que llevarlo a un médico —dijo el joven.

—Hay uno... a dos kilómetros... —jadeó Fitterman.

—Iremos allí...

—No, no... Panney y yo nos disparamos mutuamente. Yo le herí en una pierna y simulé estar muerto, para que no me rematasen.

Ahora están en casa de ese médico... el doctor Schulten... un muchacho muy simpático y agradable...

—¡Schulten! —repitió Myrrell, estupefacto.

Light le agarró por un brazo.

—Stumpy, si están allí, quizá luego traten de impedir que tu amigo los denuncie a la policía —exclamó, aterrada.

Myrrell reflexionó unos instantes. Fitterman respiraba con dificultad.

—Este maldito chaleco blindado... Debía de ser de cartón...

El joven pensó que la bala había sido disparada quizá a muy corta distancia. Fitterman, calculó, se había mantenido en pie, creyendo que no le había pasado nada. El dolor que sentía debía de haberlo achacado al mismo impacto del proyectil, ignorando que había penetrado profundamente en su pecho.

Un singular caso de autosugestión, se dijo. De pronto, Fitterman dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.

—Ha muerto —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Light le miró inquisitivamente. Al cabo de unos segundos, Myrrell volvió a hablar.

—Esos forajidos están con Johnny y su esposa, puesto que hoy es sábado. Tenemos que hacer algo para ayudarles, porque después los asesinarán, para que no hablen.

—Es lo que temo, Stumpy —contestó ella—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Muy pronto lo sabrás —dijo el joven—. Vamos, no perdamos ya más tiempo.

CAPÍTULO XII

Apenas diez minutos más tarde, avistaron la cabaña de los Schulten. Myrrell había detenido el coche en un lugar donde no pudiera ser divisado y continuaron el camino a pie.

—Nos acercaremos por detrás y veremos de sorprenderles —dijo.

—Podríamos avisar a la policía...

—Ya lo he pensado, pero el camino se ve desde aquí en una gran extensión y ellos podrían sospechar tal vez. En ese caso, no tendrían compasión de Johnny ni de su mujer.

—Son tres y, supongo, estarán armados, Stumpy.

—Es lógico, aunque ya procuraremos que no nos hagan el menor daño. Se me ha ocurrido una idea, que dará resultado, ya lo verás.

—¿Qué es? —preguntó la muchacha.

—Aguarda un momento, por favor.

Abundaban los árboles, lo cual facilitó su acercamiento a la casa. A los pocos momentos, se situaron a unos cien pasos de distancia.

—No se ve nada —dijo ella.

—Claro, estamos llegando por retaguardia, por la parte del bosque, ya que no esperan que llegue nadie por este lugar. Estarán vigilando la parte delantera, donde pueden ver cualquier coche o cualquier persona que se acerque.

En la casa no se advertía el menor movimiento. Myrrell meditó unos instantes y luego dijo:

—*Light*, aguarda unos minutos. Cuando veas que te hago señas, grita diciendo que viene la policía, ¿entendido?

—Sí, pero ¿de qué va a servir eso? —se extrañó la muchacha.

—Los desconcertará...

—Y amenazarán con matar a Johnny y a su mujer.

—Es cierto, pero también se sentirán preocupados, lo cual distraerá su atención de otros puntos. Y yo aprovecharé para entrar

en la casa.

—Sin armas.

Myrrell sonrió, a la vez que daba una palmadita en la blanca empuñadura de su bastón.

—Tengo esto y es más que suficiente. Bueno, ¿de acuerdo?

—Me tiemblan las piernas —se lamentó ella.

—A mí, a duras penas me sostienen.

De repente, Myrrell pasó un brazo por la cintura de *Light*, la atrajo hacia sí y la besó con fuerza. Al separarse, la miró sonriendo.

—Puedes darme una bofetada, pero... es algo que estaba deseando hacer desde muchísimo tiempo.

—¿Pegarte? —rió ella—. Pero si me ha gustado enormemente... Repítelo, Stumpy.

Volvieron a besarse, ahora con auténtica pasión. Myrrell se separó y carraspeó.

—Bueno, es hora de que hagamos algo, en lugar de dedicarnos a... escarceos amorosos —dijo.

—Ten cuidado —recomendó ella.

—Todo saldrá bien —aseguró el joven, a la vez que se ponía en marcha cautelosamente.

Panney lanzó un gemido de dolor y se retorció en el diván.

—Condenado matasanos... ¿Es que no puede curarme de otra forma? —barbotó.

Johnny Schulten hizo caso omiso de los improperios.

—La pierna se encuentra en muy malas condiciones —dijo—. El proyectil rompió el fémur y se ha quedado dentro...

—¡Pues sáquelo, maldita sea!

—Temo que usted no ha comprendido muy bien cuál es su verdadera situación —respondió Schulten—. Hay infinidad de esquiras del hueso roto y es preciso hacer una exploración a fondo, antes de dar la cura por terminada. Y eso no lo puedo hacer aquí, con los escasos elementos de que dispongo.

—¿Quiere decir... que tendría que llevarme a una mesa de operaciones?

—Exactamente.

Hubo un momento de silencio. Panney consultó con la mirada a sus dos esbirros.

—Es un mal asunto, jefe —dijo Rudolph.

—Si lo llevamos a una clínica, la policía se enterará muy pronto —añadió el otro.

Panney se volvió hacia el joven médico.

—¿Qué sucederá si le pido que me cure como sea en su casa?

—¿Aquí? —preguntó Schulten.

—Sí, aquí.

Schulten se encogió de hombros.

—Esto no es una fractura simple, debido a una caída, en la que unas tablillas bastan para inmovilizar el hueso. La bala, al chocar contra el fémur, ha causado una especie de pequeña explosión, que ha dispersado infinidad de esquirlas por la carne. Es posible, incluso, que también haya fragmentos del proyectil en el interior de la herida, pero eso sólo se sabría mediante las radiografías correspondientes. Yo puedo curarle, quitarle las esquirlas más visibles... pero la herida no quedará absolutamente limpia.

—Luego puede ponerme unas tablillas, ¿verdad?

—Temo, amigo mío, que usted no se da cuenta exactamente de la gravedad de la situación. Fíjese bien que digo grave dad de la situación, y no de la herida. Ésta es grave, indudable, pero fácil de sanar, con los medios apropiados y en el lugar conveniente. Si yo le curo aquí, tal como usted desea...

Schulten se interrumpió.

—¿Qué pasará, matasanos? —preguntó Panney.

—Tengo algo de morfina y atenuaremos los dolores, mientras extraigo las esquirlas que me sea posible. Pero muchas quedarán dentro, inevitablemente. Vendaré la herida, le pondré las tablillas... y a la noche rabiara usted de dolor. Sus amigos le proporcionarán más morfina, indudablemente.

—Luego haré una cura de desintoxicación —exclamó el herido—. ¡Adelante, doctor!

—No tendrá tiempo de curarse del hábito de la morfina. Antes se declarará la gangrena.

Byce, impresionado, dio un paso atrás.

—¡Cristo! —exclamó.

—Horrible —dijo Rudolph.

Panney levantó una mano.

—Esperad —pidió—. Conozco a un médico, que hará lo que

sea... De momento, este matasanos me dejará la pierna lo mejor que pueda. Luego iremos a ver a ese médico, ¿estamos?

Los ojos del sujeto brillaron malignamente.

—Empiece ya, matasanos. Y recuerde, si trata de gastarme una jugarreta, usted y su mujer...

Minnie Schulten estaba en un rincón, muy pálida, temerosa de lo que les pudiera ocurrir. La irrupción de los forajidos había sido súbita, totalmente inesperada, y no se había recuperado aún de la impresión sufrida.

Schulten se volvió hacia ella.

—Minnie, cariño, anda, ve a la cocina y pon agua a calentar —dijo.

—Si... está bien...

Panney agitó una mano.

—Longy, ve con ella; no la pierdas de vista un solo segundo.

—Descuide, jefe. ¿Cómo dejar de ver a una mujer tan bonita? —rió el sujeto desvergonzadamente—. Anda, preciosa, camina...

Schulten se enfureció.

—Oiga usted —exclamó, dirigiéndose al herido—. Diga a ese imbécil que no moleste a mi mujer para nada o me negaré a curarle.

Y se cruzó de brazos, como dando a entender que estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Panney le apuntó con su pistola.

—Usted, matasanos, me curará o...

Schulten sonrió.

—Tengo que explorar la herida —dijo—. ¿Sabe lo fácil que es dar un corte en la femoral? Como estaría adormecido por la morfina, ni se enteraría tan siquiera. En menos de dos minutos, quedaría completamente desangrado.

Panney se impresionó muchísimo al oír aquellas palabras.

—Está bien —rezongó—. Déjala en paz, Longy; a fin de cuentas, en este mundo sobran hembras.

—No se preocupe, jefe. Y usted, «doc», quédese tranquilo —dijo Rudolph—. Vamos, señora; dispense, pero es que a veces, tengo ganas de broma.

—Anda, ve con él, Minnie; no pasará nada —aseguró Schulten, para dar ánimos a su esposa.

Minnie echó a andar hacia la cocina. Abrió la puerta y pasó al

otro lado, seguida de Rudolph. El rufián cruzó el umbral, se volvió para cerrar y, en el mismo instante, sintió un vivo dolor en la cabeza.

Minnie se volvió, alarmada. Myrrell procuró tranquilizarla.

—No tema, señora Schulten —dijo—. He venido para salvarles a los dos. No haga el menor ruido y todo marchará bien.

—Usted es... Stumpy...

—Sí. ¿Hay un herido con su esposo?

—En efecto. Tiene un hueso roto... Hay otro individuo, pero tiene el brazo en cabestrillo... A mí me han enviado a calentar agua...

Myrrell señaló la cocina.

—Haga como le han indicado —dijo.

Rudolph yacía en el suelo, a consecuencia del golpe que Myrrell le había propinado con la bola de marfil de su bastón. El golpe, sin embargo, no había sido demasiado fuerte y el sujeto empezó a rebullir casi enseguida.

Myrrell se inclinó sobre él, le quitó una pistola, que lanzó a un rincón y luego pidió a Minnie una jarra con agua. El líquido frío acabó de despertar al hampón.

Al cabo de unos momentos, Rudolph se sentó en el suelo. Inmediatamente, sintió en el cuello el contacto de algo muy puntiagudo.

—Escucha, bestia de dos patas —dijo el joven—. Ahora mismo vas a llamar a tu compinche, pero sin decirle lo que pasa, o te atravesaré el pescuezo de parte a parte. ¿Me has comprendido?

Rudolph miró de reojo y se puso pálido.

—Sí, desde luego...

—Señora Schulten, ¿qué pretexto podemos emplear para traer aquí al otro individuo? —consultó Myrrell.

—Dígale que es necesario sacar agua del pozo.

—Entendido. ¿Has oído?

Rudolph se levantó penosamente y se acercó a la puerta, que abrió en parte.

—¡Hart, ven aquí! Hay que sacar agua del pozo —gritó.

—Vete —dijo Panney—. Yo me ocuparé de que el matasanos no me haga ninguna jugarreta.

—Descuide, lo único que quiero es verles muy lejos de aquí y lo

más rápido posible —contestó Schulten.

—No se preocupe, matasanos; pronto dejará de vernos —dijo el herido con perversa sonrisa.

Schulten se estremeció. Aquellos miserables, pensó, iban a asesinarles después de que le hubiese curado. Se preguntó qué podría hacer para evitar tan horrible suerte.

Byce entró en la cocina. Inmediatamente, sintió un terrible dolor en la frente, lanzó un rugido y cayó al suelo. Aunque tenía el estoque desenvainado, Myrrell lo había empuñado por la parte alta, donde la hoja carecía de filo.

Con gran rapidez, se revolvió hacia Rudolph, que se disponía a atacarle, y apoyó en su pecho la punta del acero.

—Señora Schulten, ahí tiene una pistola —indicó el joven—. Mantenga a raya a este canalla, mientras yo me ocupo del herido.

Minnie no se hizo repetir la orden y corrió a apoderarse de la pistola, que empuñó con ambas manos.

—Quieto, miserable —dijo.

En la sala, Panney lanzó un fuerte grito:

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa en la cocina? ¡Contesten, maldita sea... o dispararé contra el matasanos, aunque sea lo último que haga en este mundo!

Myrrell abrió la puerta y dio un par de pasos, con las manos a la espalda. Panney le miró estupefacto.

—¡El cojo! —exclamó.

Blandió el revólver y le apuntó al pecho.

—Voy a quitarle la cojera para siempre —añadió, riendo diabólicamente.

De súbito, se oyó un fuerte grito en el exterior:

—¡La policía! ¡Vienen policías a montones! ¡Van a rodear la casa!

Panney volvió la cabeza un instante. Myrrell se dijo que no tenía elección posible. Cuando el asesino descubriese la verdad, la situación se tornaría más crítica que nunca.

El estoque salió al descubierto. Había cinco o seis pasos de distancia y Myrrell sabía que no llegaría a tiempo de herir a Panney. Sólo podía hacer una cosa.

Un relámpago plateado cruzó la estancia. Panney lanzó un alarido desgarrador. Soltó el revólver y asió el acero con manos

convulsivas, pero desfalleció casi en el acto y sus brazos cayeron a ambos lados del diván en el que se hallaba tendido.

Myrrell miró a su amigo y sonrió.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo.

Schulten se limpió con la manga de su camisa el sudor de la frente.

—No te lo puedes imaginar —contestó.

—Minnie está bien —añadió el joven, a la vez que se apoderaba del revólver que Panney había dejado caer—. Tenemos dos prisioneros y...

—¿Es cierto que ha venido la policía, Stumpy? —preguntó Schulten.

—No, sólo era un truco. —Myrrell contempló durante unos segundos el cuerpo inanimado de Panney—. ¿Crees que hice bien, Johnny? —preguntó, aprensivo.

—Nos has salvado la vida a Minnie y a mí. Esos sujetos iban a asesinarnos después de que le hubiese curado. Ahí tienes mi respuesta.

—Gracias.

Light asomó en aquel momento.

—¿Todo en orden? —Vio a Panney, con el estoque clavado en el pecho y se estremeció—. Ha tenido que ser horrible —añadió.

—No pude hacer otra cosa, *Light* —dijo el joven.

—Stumpy ha hecho lo que debía —declaró Schulten tajantemente.

—Está bien, vamos a ocuparnos ahora de los otros dos —exclamó Myrrell—. Johnny, encárgate de llamar a la policía.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, Byce y Rudolph, desarmados, abatidos, estaban sentados en sendos sillones, a los cuales habían sido atados de pies y manos.

—Tienen mucho que declarar —dijo Myrrell—. Eso podrá ayudarlos en el juicio, lo mismo que a Hancock. Fue Panney el que mató a Vargo y a Melken, supongo.

—Sí —admitió Rudolph—. La segunda vez, con silenciador. Usó el mismo revólver que ahora lleva encima...

—Eso será más que suficiente para la policía. En resumen, ¿qué buscaban ustedes?

—Medio millón de dólares... Los tenía el viejo Fitterman, pero ahora ya no quería repartirlos...

—Serán para su hijo —decretó Myrrell.

—Bueno —exclamó Myrrell enojado—, he venido aquí un montón de veces, me han hecho cientos de análisis, me han sacado cuatro o cinco litros de sangre, decenas de radiografías... Y todo esto, ¿para qué, si puede saberse?

Light le miró sonriendo dulcemente.

—El padre de Johnny es uno de los mejores traumatólogos del país —contestó.

—Ah, y tú pretendes...

—Quiero que te deje el pie con toda normalidad. Anoche hablé con él y dijo que era perfectamente posible.

—*Light*, yo estoy bien como estoy —respondió él—. La cojera ya no me importa en absoluto y, además, tampoco se nota tanto.

—Pero si puedes curarte, ¿por qué no hacerlo? —arguyó la muchacha.

—Bueno, ¿quieres que te sea sincero?

—Desde luego, Stumpy.

—Bueno, ya te lo dije, tengo un miedo espantoso al quirófano —confesó Myrrell.

Light le miró estupefacta.

—Tienes miedo a operarte... y no temiste en absoluto enfrentarte con unos peligrosos forajidos...

—Eso era distinto, mujer. Pero ahora, así, a sangre fría, dejar que me duerman, sabiendo que van a rajarme el tobillo en doscientos pedazos...

Johnny Schulten, ataviado con bata blanca, apareció de pronto en el corredor de la clínica donde aguardaban los dos jóvenes.

—Bien —dijo con aire satisfecho—, todo está ya preparado. Stumpy, ahora te llevaremos a tu habitación y te cambiarás de ropa. Dentro de media hora, estarás en la mesa de operaciones...

Myrrell se puso en pie.

—Lo siento, Johnny. Agradezco tu interés y ya sé que te sientes en deuda conmigo, pero no voy a permitir que nadie toque mi tobillo —contestó.

Schulten se volvió hacia Ja muchacha.

—*Light*, ¿qué dices tú? —consultó.

—No quiero un marido cojo —respondió *Light* en el acto.

—Está bien.

Inopinadamente, Schulten disparó el puño derecho. Myrrell cayó fulminado al suelo.

—Primera fase de la anestesia —rió el joven médico.

Dos enfermeros aparecieron corriendo.

—Llévenlo a su habitación —ordenó Schulten.

Los asistentes levantaron el cuerpo de Myrrell. Schulten miró a la joven sonriendo.

—Perdona, pero no había otro remedio —se disculpó.

—No te preocupes; así ha sido mejor —sonrió *Light*.

—Quédate tranquila; cuando mi padre haya terminado la operación, Stumpy volverá a ser como el que era cuando nació.

—¡No! —exclamó ella vivamente—. No me devuelvas a un recién nacido. ¡Yo quiero a un hombre!

—Tendrás tu hombre —afirmó Schulten rotundamente.

FIN



01715



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

